



EVA P. VALENCIA
ALGUIEN
INESPERADO

LOCA SEDUCCIÓN

zafiro[♥]

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[1. Emma](#)

[2. Necesidad](#)

[3. Ayuda](#)

[4. Oportunidad](#)

[5. Ilusión](#)

[6. Realidad](#)

[7. Descubrir](#)

[8. Sinceridad](#)

[9. Soñar](#)

[10. Esperanza](#)

[11. Sorpresa](#)

[12. Confusión](#)

[13. Temores](#)

[14. Fantasmas](#)

[15. Secretos](#)

[16. Soledad](#)

[17. Desesperación](#)

[18. Despertar](#)

[19. Nueva York](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[No te pierdas la cuarta y última entrega de la saga «Loca seducción»: Loca seducción \(orígenes de Otoño en Manhattan\).](#)

[Prólogo](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



A mi hijo, con toda mi alma

El alma que hablar puede con los ojos, también puede besar con la mirada.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Prólogo

Hay quien dice que huir es de cobardes y, quién sabe, tal vez sea cierto. Pero, cuando tocas fondo demasiadas veces y comienzas a ahogarte en tu propia mierda, empiezas al fin a replantearte la vida. Mi cobardía llegó a un límite que ya no supo regresar al origen ni al punto de partida.

Olvidar. Ésa era mi única verdad... Se había convertido en mi objetivo principal para alcanzar la felicidad. ¿Felicidad? ¿Acaso alguien puede admitir que es feliz con total plenitud? La felicidad no es más que una condición subjetiva del estado de ánimo. Uno de tantos vocablos que se crearon para describir al ser humano, pero no a mí. Esa palabra quedó en desuso en mi vida en el preciso instante en que la perdí para siempre.

Luchar. Muchas veces me asalta el sentimiento de culpa, invadiéndolo todo, asfixiándome hasta el punto de dejar de discernir lo que fue real o lo que es una simple quimera en mis recuerdos.

Probablemente debí luchar más por nosotros... luchar más por Noah, por todo lo que ella significaba y que daba razón a mi insulsa existencia. Sin embargo, no lo hice por segunda vez. La perdí y la dejé marchar. Quería dárselo todo y me quedé sin ofrecerle nada. Decidí velar por su vida y por su felicidad antes que por las mías. Y se la entregué a él, como si no me importara en absoluto, como si nunca la hubiese amado... Fue un acto completamente suicida, y, al mismo tiempo, el más doloroso que había soportado jamás.

Y, sin embargo, hoy por hoy, tras dos largos y huraños años, no hay una maldita noche en la que sus brillantes ojos grises no se deslicen entre mis pensamientos, escabulléndose y merodeando con absoluta libertad entre mis sueños...

Porque todo en esta vida se acaba pagando tarde o temprano. Porque mi error, mi sacrificio y mi condena fue engañarme a mí mismo para tratar de sobrevivir... sin ella.

1

Emma

*Martes, 3 de mayo de 2016
Castleknock, Dublín
Dos meses después de su regreso a Irlanda*

—Timy, vamos, mírame a los ojos.

Había días en los que el hijo de Colin Wilde solía estar más ausente que otros, y ése, al parecer, estaba siendo uno de ellos.

El joven doctor sabía desde siempre que los repentinos cambios de rutina y el verse envuelto en un entorno distinto al habitual perpetraban en Tim una severa autorreclusión respecto al resto del mundo.

—Cariño —le sujetó la cara y, con toda la suavidad de la que fue capaz, le obligó a mirarlo a los ojos para seguir hablando—, voy a cogerte en brazos, pero necesitaré tu ayuda...

Elevó sus manos con sumo cuidado y, poco a poco, las fue dejando apoyadas sobre sus hombros.

—Vamos, campeón... sé que puedes hacerlo. Rodea mi nuca y trenza los dedos. Ya sabes cómo hacerlo... ¿Recuerdas?

El niño no hizo siquiera el intento de colaborar, sino que dejó caer los brazos muertos y éstos rebotaron sobre los muslos de sus delgadas piernecitas.

Colin se frotó el rostro con ímpetu e inspiró hondo, animándose mentalmente antes de intentarlo por segunda vez. De nuevo, colocó los brazos alrededor de su cuello, le dio instrucciones de forma sosegada y, bajo todo pronóstico, la misma escena de instantes antes se volvió a repetir.

—¡Joder! —masculló ofuscado.

Dios sabía que siempre intentaba no soltar tacos en su presencia y aún menos mostrarle abiertamente su mal carácter, pero también era cierto que todo el mundo era conocedor de que la paciencia no era, precisamente, una de sus muchas virtudes.

Se presentaban tarde a una reunión en el Charter Medical; una demasiado importante como para llegar con retraso. Al pequeño Tim lo habían seleccionado de entre una veintena de niños afectados con el síndrome de Angelman para entrar a formar parte de una terapia experimental durante los próximos meses en aquel centro de salud.

Colin se incorporó como un rayo y salió a trompicones del vehículo para tratar de relajarse. Empezó a deambular recorriendo el pavimento hormigonado del aparcamiento, de lado a lado, ofuscado y con los nervios a flor de piel. No tardó en burlarse de sí mismo al darse cuenta de que, en un tiempo no muy lejano, lo único que conseguía mitigar su ira y su frustración eran unas malditas rayas de cocaína. Ahora, en cambio, debía renunciar a esa engañosa salida y conformarse con los efectos milagrosos de contar hasta veinte. O cincuenta...

—Uno, dos, tres, cuatro...

Al llegar al número cinco, resopló con fastidio.

—¿A quién pretendo engañar?! Contar nunca me ha servido de nada. ¡Putos psicólogos sabelotodo! Ya me gustaría verlos en mi jodido lugar.

Al tener la sensación de que la situación se le comenzaba a escapar de las manos, sintió que se ahogaba y que se estaba asfixiando a marchas forzadas, por lo que tuvo que detenerse en seco, aflojarse a toda prisa el nudo de la corbata y, por último, desabrocharse el primer botón del cuello de la camisa.

«Calma, Wilde... Calma.»

Instantes después, cuando logró mitigar a duras penas sus ánimos y pretendía dar media vuelta para poner de nuevo rumbo al vehículo, se percató de que alguien, un desconocido, estaba acucillado a los pies de su hijo; su identidad quedaba oculta tras la puerta entreabierta.

—¡Timy!

Echó a correr como alma que lleva el diablo, sin siquiera replanteárselo un mísero segundo. Al llegar allí, se quedó atónito al descubrir que el desconocido que había osado acercarse a su pequeño era una chica. Quedó más sorprendido si cabía, porque a simple vista daba la impresión de que estaba hablando con él. A decir verdad, era ella quien

murmuraba palabras, pues Tim, a sus cinco años, aún era incapaz de conjugar varios vocablos seguidos con sentido y mucho menos de entablar una conversación mínimamente fluida con extraños.

—¿Se puede saber qué está haciendo?!

Colin fue testigo de cómo la muchacha se sobresaltó nada más oír su voz. Una voz grave, ronca y más austera de lo habitual. Había llegado a tal punto en su vida que todo lo concerniente a su hijo dejaba al descubierto lo peor de él. Evitaba a toda costa que alguien se le acercase, y mucho menos sin estar él presente, pues los demás alteraban su frágil estabilidad neurológica, castigándole, sin pretenderlo, con severos episodios epilépticos. No podía permitirlo, no podía dejar que eso ocurriera jamás.

—Yo... perdón...

La joven ladeó la cara y entrecerró los ojos buscando la procedencia de ese tosco gruñido. Al dar con el responsable de todo aquel alboroto, aleteó las pestañas y, después, abrió mucho los ojos al darse cuenta de que se trataba de un atractivo hombre de unos cuarenta años, quien no hacía ni el más mínimo esfuerzo por ocultar su hirsuta disconformidad con lo sucedido.

Mientras, él se quedó completamente petrificado cuando lo miró con esos expresivos y enormes ojos grises, moteados con suaves betas verdosas... tan brillantes y tan expectantes. Y fue entonces, en ese preciso instante, cuando Colin experimentó una impúdica sequedad en el paladar que lo dejó ipso facto sin habla, completamente mudo.

«¡Maldita sea!» Intentó tragar saliva en un par de ocasiones.

Su mirada era del mismo profundo gris que los ojos de la única persona que había amado hasta perder la cordura. La misma que le había abierto los ojos a la realidad antes de precipitarse al vacío y a la que, pese a amarla incluso más que a sí mismo, se vio obligado a renunciar en dos ocasiones. Esa mujer no era otra que Noah Anderson.

Pestañeó, obnubilado, cuando se fijó en su pelo, en su larga melena ondulada, y entonces cayó en la cuenta de que también era...

—¡Pelirroja! —farfulló él.

—¿Disculpa? —le preguntó al tiempo que se acababa de incorporar lentamente mientras el joven apuesto seguía observándola conturbado, como si ella fuese una especie de alienígena de otra galaxia.

No cabía añadir que la clara intención de él no era otra que tratar de disimular para que ella no notara que su mera presencia lo alteraba de

mala manera, como si de un vulgar adolescente en plena explosión hormonal se tratase. Sin embargo, ajeno a su voluntad, soltó una descarada y extraña risita nerviosa.

—Su muñeco estaba tirado en el suelo.

La pelirroja desconocida le sonrió con una dulzura inusual que acabó por derribar su hermética coraza de hombre insensible que tantos años le había costado construir, traspasando como una daga mortal su pecho y llegando hasta lo más profundo de su alma. Y, por si eso no fuera suficiente, esa preciosa sonrisa hacía justicia al resto de su anatomía: unos carnosos, turgentes y sensuales labios maquillados; una nariz discreta y perfecta salpicada de graciosas pequitas, y unos altos y refinados pómulos, ligeramente sonrojados.

Colin cogió aire.

Hacía demasiado tiempo que nadie despertaba en él interés. Demasiado...

«Pero ¿qué coño me pasa? ¡Si no es más que una cría...! —Sacudió la cabeza para tratar de volver en sí. Debía dejar de pensar en ella de la misma forma que si fuese una succulenta presa y él, un lobo hambriento—. ¿Cuántos años debe de tener... veinte? Ahora resultará que no soy más que un depravado asaltacunas.»

—Yo ya me iba...

Cuando la muchacha se agachó para despedirse de Tim, él no pudo evitar que sus ojos vagaran con libertad por todo su cuerpo: blusa blanca, falda lápiz ceñida hasta las rodillas, la cual dejaba entrever unas delgadas piernas torneadas...

«¡Madre mía...!»

Al girarse hacia él, se dio cuenta de que aún continuaba sin emitir una sola palabra, por lo que se permitió el atrevimiento de compartir sus pensamientos.

—Tu hijo es una bendición; por favor, nunca lo olvides...

Y entonces se marchó, dejándolo allí plantado y con cara de memo mientras la veía alejarse de su lado.

«¿Una bendición? —se jactó—. Yo quiero mucho a mi hijo, pero... hablemos con honestidad: lo que le ocurre a Timy pueden ser muchas cosas excepto una puta bendición. ¿Con quién coño me he topado? ¿Con una especie de buena samaritana...? O es alguien que no tiene ni pajolera idea de lo que significa renunciar a una vida mínimamente normal para

velar día y noche por él, siempre alerta, para evitar que una de sus recurrentes crisis epilépticas acabe con su vida.»

El doctor resopló con hastío y luego se agachó para cogerlo en brazos, con la diferencia de que esta vez ni siquiera le pidió colaboración. Llegaban demasiado tarde...

—Em-ma... —le susurró el chiquillo bajito al oído cuando éste apoyó la cabecita en su hombro.

—¿Qué es lo que has dicho?

Tim no respondía.

—¡Repítelo!

—Emma... —murmuró, esta vez con mayor nitidez.

Colin no daba crédito. En todos esos años, jamás había logrado en un primer contacto semejante progreso. Ni los médicos, ni el personal sanitario, ni siquiera los asistentes sociales lo habían logrado.

El corazón empezó a acelerársele estrepitosamente en el interior del pecho. Alzó la vista, con intención de buscarla entre la gente. Pero nada. No había ni rastro de ella. Por lo visto, Emma, la sexi desconocida, la pelirroja de dulce mirada gris, había desaparecido de la misma forma que había irrumpido inesperadamente en su vida.

2

Necesidad

Ashtown, Dublín
Horas más tarde

Emma Campbell abrió la nevera, husmeó el interior arrugando la nariz y la volvió a cerrar, con desagrado. No tenía nada que llevarse a la boca y tenía hambre. Mucha hambre...

—Si no encuentro pronto un empleo, mi casero se verá obligado a echarme a patadas del apartamento. Y no le culparé, pobre. Con éste, ya serán tres meses sin pagarle el alquiler...

Arrastró los pies hasta el sofá y se dejó caer en él, pesarosa. Se llevó las rodillas al pecho y, abrazándolas después, suspiró con preocupación.

Allí estaba ella, a sus veinticuatro años, sin apenas estudios ni experiencia, en una ciudad que no era la suya y dando lecciones de moral a un pobre padre cuando ni siquiera era capaz de valerse por sí misma.

«Maldita ironía...»

De repente, se sobresaltó. Alguien golpeó la puerta. Se levantó para atravesar el diminuto salón de puntillas y echó un breve vistazo por la mirilla, quedándose paralizada en el sitio sin saber qué hacer. Era el señor Smith, su casero.

Discurrió algo rápido, pero sólo se le ocurrieron dos posibles alternativas: abrir y lidiar con su habitual sermón de todos los primeros de mes o quedarse quietecita sin hacer ruido y esperar a que se marchara por aburrimiento.

Obviamente, su ética y su moral la obsequiaron con una colleja imaginaria por pensar siquiera en poner en práctica la segunda de las opciones. Así que abrió y se esforzó en sonreírle, brindándole la mejor de

sus expresiones, esa de niña buena que nunca había roto un plato.

—Hola, Emma.

—Señor Smith, ¿qué se le ofrece? —Pensó que era una pregunta incoherente, pues sabía que el motivo de su visita era, sin lugar a dudas, el pago del alquiler.

—Verás...

Deslizó la vista a sus manos, dándose cuenta de que venía cargando un sobre blanco sin matasellos y que, además, actuaba de una forma extraña. Fue entonces cuando tuvo un mal presentimiento, pues era la primera vez en meses que, al conversar con ella, no se dignaba a mirarla a los ojos.

—Verás... debes saber que yo, que mi señora y yo —rectificó—, te apreciamos mucho. En estos meses que has vivido en el apartamento, te hemos cogido mucho aprecio... Pero ya somos muy mayores y... como bien sabes, sólo nos valemos de mi pobre pensión y del alquiler de este piso para subsistir...

—Lo sé y lo entiendo... —lo interrumpió verdaderamente angustiada. Sabía de su precaria situación económica. Sin embargo, no podía dejar de compadecerse a sí misma, pues acababa de visionarse en la calle, pidiendo limosna y mendigando en pleno centro de Dublín o, incluso, en última instancia, algo mucho peor: en un prostíbulo o club de striptease, vendiendo su cuerpo por dinero. Cogió aire para armarse de valor—. Por favor, deme un mes más... estoy buscando trabajo. Prometo que les compensaré... se lo aseguro... se lo ruego.

El anciano negó con la cabeza con gran pesar.

—Dios sabe que nos gustaría seguir ayudándote, pero... no podemos. Ya hemos gastado todos los ahorros que teníamos.

Con lágrimas en los ojos y manos tembloras, le tendió la carta.

—Mi gestor me ha pedido que te lo entregue en persona.

—¿Cuándo... cuándo he de dejar el piso?

Emma tragó saliva, aguantándose las ganas de llorar.

—Según me ha explicado, en quince días. —Se le quebró la voz al pronunciar esas palabras. A juzgar por la expresión de su cara, se le notaba verdaderamente afectado.

De nuevo agachó la cabeza, pero esta vez no hubo ninguna palabra de aliento, simplemente dio media vuelta y se marchó sobre sus pasos.

Emma, tras quedarse varios minutos a solas en el rellano con el sobre

en la mano, cerró la puerta, entró en el apartamento y lo observó con nostalgia. Pronto se vería obligada a decir adiós a esas cuatro paredes impregnadas de tantos y tantos retazos cargados de ilusión.

Respiró hondo.

Lo único que deseaba en ese momento era meterse en la cama, cubrirse la cabeza con las sábanas y llorar. Pero no hizo tal cosa. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, caminó con determinación hacia el perchero y se puso la cazadora tejana para salir a la calle y seguir con su particular cruzada: buscar un trabajo.

«Nadie dijo que fuera fácil, sino que merecía la pena intentarlo...»

3

Ayuda

Lunes, 9 de mayo de 2016

Tras haberle denegado, por causas injustificadas, el ingreso de Tim en el Charter Medical para empezar con aquel tratamiento pionero, Colin Wilde se vio forzado a buscar ayuda.

Detestaba tener que asumir que él solo era incapaz de hacerse cargo de los cuidados de su hijo. Y, por si eso fuera poco, en una semana retomaría su empleo como neurocirujano jefe en el Sant James's Hospital. Por ello, el amplio abanico de posibilidades se vio reducido a una sola: redactar un anuncio y contratar lo antes posible a una persona altamente competente, pero, sobre todo, especializada en el síndrome de Angelman.

Refunfuñó al estrujar la enésima hoja de papel entre sus dedos.

—¡No puede ser tan complicado! —Lanzó con enojo la bola a la papelería y acto seguido se pasó la mano por el pelo, contrariado—. Soy capaz de diseccionar la cabeza de una persona sin siquiera titubear, como si se tratara de un vulgar melón, y en cambio no puedo redactar un patético anuncio...

Se frotó los ojos, pensando que tal vez sería mejor dejarlo por el momento.

Al levantarse de la silla y mirar hacia el sofá, se dio cuenta de que el pequeño Tim se había quedado dormido mientras miraba un programa de animación en la televisión. Lo llevó en brazos a su habitación, lo acostó en la cama y le dio un beso de buenas noches en la frente. Antes de apagar la luz, comprobó la barandilla, cuya función no era otra que impedir que se precipitara y cayera contra el suelo, como tantas otras veces había sucedido.

No eran ni las diez de la noche cuando, al sentirse agotado, tanto física como emocionalmente, sopesó la idea de acostarse.

Se desnudó y, tras quedar vestido sólo con un bóxer, se dejó caer sobre las sábanas. Miró al techo... al blanco e insulso techo, anhelando poder dejar su mente del mismo color para quedarse dormido. Pero era incapaz de dejar de pensar en aquella chica y en sus grandes ojos grises. Hacía días que trataba por todos los medios de quitársela de la cabeza, pero, sencillamente, no podía.

Cuando hubo dado veinte vueltas sobre el colchón y tuvo claro que, por más que se obstinara, no sería capaz de conciliar el sueño, salió de la cama y buscó el paquete de tabaco. Aunque, a decir verdad, lo que le apetecía en ese momento era una copa de bourbon... porque fumar no acababa de aplacar sus ansias. ¿Para qué engañarse a sí mismo? Lo que necesitaba era algo que le diera unos resultados más fulminantes...

Se revolvió el pelo y encendió el cigarrillo con desgana. Dio una larga calada de camino a la terraza y se acomodó en el balancín. Después, mientras jugueteaba con la boquilla entre sus dedos antes de exhalar expulsando el humo con desaire, por primera vez asumió que tardaría mucho tiempo en quitarse a la sensual pelirroja de sus pensamientos.

4

Oportunidad

Miércoles, 18 de mayo de 2016
The Gallery Restaurant, Castleknock

Emma Campbell hojeó una vez más el trozo de papel donde había anotada la dirección a lápiz. «Sí, es aquí», murmuró al tiempo que alzaba la barbilla y arrugaba la nariz, gesto que solía hacer cuando se sentía inquieta.

Tras unos instantes, entró y, en cuanto pisó el suelo del establecimiento, empezó a estudiar con detenimiento el interior del restaurante. Mientras lo hacía, se preguntaba quién en su sano juicio citaría allí a los aspirantes de una entrevista de trabajo. «¿Tal vez alguien con evidentes aires de superioridad?», pensó para sus adentros. Fue justo entonces cuando por primera vez se imaginó al servicio de una persona así y sintió escalofríos.

A pesar de todo, Emma no estaba dispuesta a dejar pasar esa oportunidad. Así que sacudió la cabeza, dejándose de lamentaciones, y recordó los motivos por los que había llegado hasta allí.

Inspiró hondo, se planchó la falta con las manos y se concentró en causar buena impresión, pues necesitaba conseguir ese empleo como el respirar.

«Una sola noche más en ese albergue compartiendo colchón con los demás indigentes y... seguro que acabo por cometer una locura...»

A continuación, y sin perder más tiempo, se dirigió a uno de los camareros. Al emprender el camino hacia él, notó que le temblaban las piernas.

—¿Podría ser tan amable de indicarme dónde puedo encontrar al

doctor Wilde?

El joven dejó un instante sus quehaceres para volverse hacia ella y observarla sorprendido.

—¿El doctor Wilde? —le preguntó sin poder evitar quedarse pensativo.

—Así es —contestó ella—. Me ha citado aquí para una entrevista de trabajo y...

Él no le contestó de inmediato y, cuando logró caer en la cuenta, se echó a reír.

—¡Ahhh! ¿Te refieres a Colin?

—Ehhh... sí, supongo que sí.

El camarero se giró y luego señaló hacia una de las mesas.

—Colin está sentado en la del fondo, junto al ventanal.

—Gracias.

A medida que Emma avanzaba despacio a través del salón, empezó a darse cuenta de un detalle: que el semblante del desconocido le era tremendamente familiar. Pronto, al descubrir su identidad, notó cómo la sangre se helaba en sus venas. No había lugar a dudas. Era él. El atractivo hombre del aparcamiento del Charter Hospital.

—Buenos días, doctor Wilde. —Se aclaró la voz fingiendo sobriedad, aunque, a decir verdad, estaba hecha un flan—. Mi nombre es Emma Campbell y estoy citada a las diez de la mañana con usted para una entrevista de trabajo.

Colin, que hojeaba concentrado las páginas del Irish Independent, aún no se había percatado de su presencia, hasta que finalmente advirtió un leve tartamudeo en su voz.

Alzó la vista y en el acto se quedó desconcertado al descubrir a quién tenía ante sí: nada más y nada menos que a la responsable de todos sus quebraderos de cabeza de las dos últimas semanas.

Se quedaron mirando el uno al otro durante un largo rato, más del que podría considerarse el correctamente estipulado entre dos completos desconocidos, hasta que Colin, con una tos seca y un gesto amable con la mano, rompió la incomodidad de la situación y la invitó a tomar asiento.

—Gracias —dijo tras varios segundos de indecisión antes de acomodarse en la silla.

—Llega seis minutos tarde —la sermoneó comprobando las manecillas de su reloj de pulsera.

La joven notó que se ruborizaba, pues era cierto, llegaba tarde y no podía rebatir esa realidad, aunque hubiese tenido que cruzar media ciudad a pie para llegar a tiempo. Las únicas monedas que quedaban en el fondo de su bolsillo las debía mantener a buen recaudo para un caso de extrema necesidad.

—Lo siento. —Se disculpó desviando la mirada y tratando de no parecer frívola, pues no le quitaba la razón.

—¿Ha traído su currículum? —se interesó él cambiando de tema rápidamente.

Emma asintió, devolviéndole la mirada de nuevo.

—Aquí tiene.

En seguida, un par de folios mecanografiados se deslizaron al otro lado de la mesa.

Él bajó la vista y empezó a leer mientras ella lo observaba en silencio, mordisqueándose el labio inferior.

«Ahí va mi última baza... me lo estoy jugando a todo o nada.»

Transcurrieron unos minutos que le parecieron interminables, hasta que por fin Colin alzó la vista mostrando interés.

—¿Dos años trabajando en el Mount Carmel Private Hospital? —preguntó enarcando la ceja derecha.

—Sí —mintió, y rezó por que no se lo notara en la mirada, pues jamás había pisado el suelo de ese hospital, ni tan siquiera en condición de paciente.

—Sin duda es uno de los mejores centros médicos de Dublín.

—Lo es...

Colin la miró con curiosidad.

—Explíqueme brevemente en qué consistía su trabajo.

Emma, por primera vez, se permitió el lujo de esbozar una breve sonrisa de satisfacción. No en balde, ésa era la parte que había estudiado a conciencia.

Se humedeció el labio inferior con lentitud antes de empezar a hablar, hecho que al joven doctor no le pasó inadvertido.

—Pues... los primeros meses en prácticas me enseñaron todo lo referente al cuidado de los recién nacidos: cura del ombligo, profilaxis de la conjuntivitis neonatal y de hemorragias, vacunas de la hepatitis B, metabolopatías...

Colin tosió a propósito para interrumpirla y su voz sonó distinta,

algo más brusca de lo normal.

—Todo eso está muy bien, pero... —echó un nuevo vistazo a la hoja de papel—... no veo que en su currículum mencione nada sobre el cuidado de niños con el síndrome de Angelman.

—Bueno... Lo cierto es que en la oferta de trabajo no se especificaba que...

—¿Le ha realizado alguna vez la maniobra de Heimlich a un niño?

Sus ojos se encontraron a medio camino.

—¿Sabría qué hacer si se encontrara ante un ataque epiléptico, o en shock o... mucho peor, una parada cardiorrespiratoria?

Por un instante, Emma se quedó con la boca entreabierta sin saber qué responder.

—Señorita Campbell, lo que necesito es una persona que no se quede paralizada si mi hijo entra en una crisis. —Tragó saliva verdaderamente molesto—. No me dejo impresionar por títulos académicos ni por haber trabajado en el mejor hospital de Dublín, porque lo único que busco es a alguien con el suficiente temple y capacidad de reacción ante situaciones límite.

Unos segundos más tarde, cuando pudo retomar el aliento, prosiguió su discurso con gran pesar.

—En lo que llevamos de año, mi hijo ha estado en dos ocasiones al borde de la muerte: la primera, por asfixia al tragarse una pequeña pieza de un juguete por descuido de una de las asistentes del penúltimo centro médico. Y la segunda, por ahogamiento en una piscina de plástico. De nuevo, negligencia de una de las cuidadoras del último centro en el que residía.

Emma lo escuchaba en el más completo de los silencios.

—Como puede imaginar, lo único que me importa es velar por la vida de mi hijo.

Dicho esto, giró el currículum de Emma y lo dejó encima del resto de papeles que yacían apilados a un lado. A continuación, apoyó los antebrazos sobre la mesa y entrelazó los dedos de las manos.

—Me temo que eso es todo, señorita...

—Campbell... Mi nombre es Emma Campbell.

—Señorita Campbell, gracias por su tiempo.

«¿Ya está? ¿Eso es todo? —abrió los ojos como platos— ¡No puedo creerlo...!»

Colin la invitó cortésmente a marcharse, pero, ante su sorpresa, no ocurrió tal cosa. En lugar de eso, permaneció sentada, sosteniéndole la mirada sin pestañear porque mantenía viva la esperanza, ansiando otro tipo de desenlace.

—¿Necesita que le explique algo que no le haya quedado claro?

—Ha obviado información... —sacó el trozo de periódico de su bolsillo y se lo mostró con nerviosismo—. En el anuncio no se especifica esa enfermedad...

Colin arrugó el entrecejo con indignación.

—No se trata de una enfermedad, señorita Campbell, sino de un síndrome. ¿Acaso sabría distinguir la diferencia?

La retó con la mirada y guardó silencio unos segundos para otorgarle el derecho a réplica. Al poco, se vio obligado a bajar los hombros, decepcionado.

—Si no sabe la respuesta, es que ni siquiera merece la pena que pierda mi tiempo en valorar su candidatura.

Cogió el currículum de encima de la pila y se lo entregó a Emma.

—¿Cómo se atreve? —balbuceó arrebatándoselo de las manos.

Emma se mordió la lengua para no estar tentada de soltar ningún improperio. Se encontraba en un lugar público y rodeada de gente.

—Es usted un... —sus ojos grises refulgían sulfurados y los labios le empezaron a temblar—... su hijo Timy no se merece a un padre como usted.

Al oír la última frase, Colin se incorporó inmediatamente de la silla.

—¿Cómo ha dicho? —Rodeó la mesa, acercándose a ella—. Repítalo de nuevo.

Emma ignoraba qué estaba pasando. Hacía unos instantes lo único que deseaba era que desapareciera de su vista y ahora su comportamiento era muy distinto.

—¿Me está tomando el pelo? —le preguntó ella ofendida.

—No. —Se puso tenso y dio un nuevo paso hacia ella, quedando uno frente al otro—. Todo lo referente a mi hijo jamás me lo tomo a la ligera. Por favor, repítalo —insistió, esta vez en tono conciliador. Debía oír de nuevo esas palabras para cerciorarse. Necesitaba estar seguro de algo.

Emma lo miró contrariada; sin embargo, hizo lo que le pidió.

—Su hijo Timy no se merece a un padre como usted.

Cuando se oyó pronunciarlas de nuevo, se dio cuenta de que eran

muy crueles.

—Lo... lo siento —tartamudeó—. No pretendía herir su...

—¿Cuándo podría empezar a trabajar? —repuso él con celeridad.

—¿Disculpe?

Lo miró directamente a los ojos, sin acabar de dar crédito.

—¿Podría mudarse a mi casa esta misma semana?

El rubor de las mejillas de Emma había desaparecido para dar paso a un blanquecino color de piel.

—Ehhh... Sí, claro. No... no habría ningún tipo de problema...

—Perfecto.

Colin rebuscó en su billetero. Al poco, extrajo una tarjeta con sus señas personales y un número de contacto. Pero, cuando fue a entregárselo en mano, se percató de que merecía una explicación, así que intentó calibrar sus palabras antes de pronunciarlas.

—Imagino que se estará preguntando por qué la he elegido a usted y no a cualquiera de los otros candidatos amontonados en la pila.

Ella asintió con la mirada.

—La respuesta es muy sencilla: a veces las cosas más simples se convierten en lo verdaderamente importante de la vida.

Antes de proseguir, se permitió el lujo de dedicarle una sonrisa, la primera en todo ese tiempo.

—Mi hijo es incapaz de decirle su nombre a un extraño. Ha de transcurrir mucho tiempo antes de que ese hecho se produzca... días, meses o, en la mayoría de los casos, jamás.

Se frotó la nuca con la palma de una mano y clavó sus ojos en ella.

—Y le aseguro que yo, en esta entrevista, en ningún momento he hecho alusión a su nombre.

Emma se quedó conmocionada y guardó silencio.

—Sería perfecto que pudiera instalarse en mi casa este mismo fin de semana, así podría empezar cuanto antes a familiarizarse con su entorno y con mi hijo.

—¿Eso significa que estoy... contratada?

—Eso me temo —admitió él—. Debo darle mi enhorabuena, señorita Campbell.

Alzó su brazo y le tendió la mano.

—Gracias —logró articular, tratando de asimilarlo.

Una fugaz media sonrisa afloró en los perfilados labios de Colin

antes de bordear la mesa y volver a ocupar su silla. Luego, se pasó una mano por el pelo en dos ocasiones y siguió leyendo el periódico, desde el mismo punto en el que lo había dejado.

—Uno es un conjunto de signos médicos específicos, características y síntomas. El otro, en cambio... es la alteración del estado de la salud normal de una persona —dijo ella con seguridad.

Colin alzó la vista de golpe y sus ojos se volvieron a encontrar.

—¿Cómo dice?

—Ésa es la diferencia entre síndrome y enfermedad —aclaró ella al ver la expresión de su cara.

Después, sin esperar respuesta, se giró sobre sus talones y cruzó el restaurante para salir a la calle, bajo la atenta mirada del doctor, quien se echó a reír en cuanto su silueta se perdió tras la puerta.

«¡Joder con la pelirroja...!»

El camarero no tardó ni un segundo en hacer acto de presencia.

—Preciosa, la chica.

—Liam...

—¿Qué pasa, Colin? —Le sonrió travieso—. Me juego los euros que ahora mismo llevo en los bolsillos a que la has contratado.

Liam adivinó, por su silencio, que estaba en lo cierto.

—¡Serás mamón! ¡Lo sabía! Sabía que la elegirías desde el preciso momento en que entró por esa puerta.

—¡Ehhh! Vamos, amigo. No saques conclusiones tan a la ligera. —Alzó los brazos y le mostró las palmas de sus manos a la defensiva—. Te aseguro que es, con diferencia, la candidata más cualificada de todos.

—Sí, claro, no te jode. —Se rio con sorna—. Y yo soy la viva imagen de la Madre Teresa de Calcuta.

De repente, alguien entró en el restaurante como un tornado. Cruzó el comedor casi corriendo y cogió algo que había sobre la mesa.

—Disculpad, había olvidado...

Dejó la frase inacabada y se centró en buscar la llave que había extraviado. Al dar con ella, la guardó en el interior del bolso y volvió a desaparecer, dejándolos de nuevo a solas.

—Qué tendrán las pelirrojas... —Liam le guiñó un ojo divertido y se echó la servilleta sobre el hombro—. Treinta días, amigo. Ése es el tiempo que te concedo.

—¿Para qué?

—¿Para qué? —murmuró el camarero de camino a la barra—. ¿Y me lo preguntas tú, que eres el jodido honoris causa con más títulos y reconocimientos que el mismísimo papa?

Aquellas palabras le hicieron pensar. En los últimos dos años, nadie había suscitado en él interés. Salvo ella. Cerró los ojos al darse cuenta de que quizá, sin pretenderlo, se estaba metiendo en camisa de once varas: Emma y él, conviviendo bajo el mismo techo las veinticuatro horas del día.

Era muy probable que el resto de gente lo viera como un completo despropósito, pero no tenía alternativas. Debía intentarlo... al menos, por su hijo.

Ilusión

Sábado, 21 de mayo de 2016
Dowling's Court, Castleknock

Emma permaneció anclada frente a la puerta de la casa de estilo georgiano, cuya fachada revestida de madera se alzaba hasta una cubierta simétrica a cuatro aguas.

Inspiró hondo e intentó relajarse antes de decidirse a pulsar el timbre.

La mera idea de convivir bajo el mismo techo que el atractivo doctor Wilde la hizo estremecer de pies a cabeza. Era demasiado sexi, demasiado sensual, demasiado atrayente y... por si fuera poco, demasiado desagradable al trato.

Negó con la cabeza.

Sin duda, un explosivo cóctel difícil de digerir.

Poco después, pulsó el interruptor del timbre. Reconocía que estaba intranquila, pero a la vez con muchas ganas de emprender ese nuevo reto, así que, mientras no abrían la puerta, empezó a darse ánimos a sí misma.

—Venga, Emma... tú puedes hacerlo... Has nacido para esto... ¡Eres una campeona!

Hinchaba el pecho y gesticulaba con las manos, como si eso le sirviera de algo. Pero, a decir verdad, estaba atacada de los nervios.

De repente, una tos seca se oyó tras de sí y Emma pegó un bote en el sitio antes de girarse.

—¿Hablando con seres imaginarios de buena mañana, señorita Campbell?

Emma no pudo evitar ruborizarse en el acto, hecho que a Colin le hizo mucha gracia. Astutamente, se avanzó a abrir la puerta para que ella

no se diera cuenta de que le resultaba una persona muy divertida. Mantener las formas era de vital importancia, así como dejar muy claro desde un primer momento qué rol correspondería a cada uno: ella se instalaría en su casa para que su único hijo estuviera a su cuidado y él era la persona que la había contratado para tal fin.

—Entre —dijo sosteniéndole la puerta—. Hoy, para variar, ha sido puntual.

Emma no dijo nada. Entró y un gran recibidor se abrió paso ante ella.

—¿Ése es todo el equipaje que lleva consigo? —le preguntó al observar que sólo llevaba una mochila de deporte colgando de un hombro y unos tubos cilíndricos de los que se utilizan para guardar papeles, planos o dibujos.

—Sí.

Colin alzó una ceja sorprendido. Si tuviera que trasladar sus pertenencias de un lugar a otro, sin duda requeriría de varias maletas de viaje. ¿Cómo era posible que una chica joven como ella no tuviera más efectos personales? Conocía a varias mujeres que, sólo en pares de zapatos, podrían llenar varios de sus armarios empotrados.

—De acuerdo. En ese caso, primero le mostraré las dependencias de la casa.

Ella asintió.

Por algún motivo, el nudo del estómago aún seguía persistiendo. Había algo en él, en su oscura mirada, en su voz, en la forma en cómo la trataba... que la alteraban.

La visita guiada por el interior de la casa no duró más de varios minutos. Colin le mostró el salón, la cocina, la biblioteca, el jardín, las tres habitaciones con sus respectivos cuartos de baño y una sala diseñada específicamente para la estimulación en el desarrollo de Tim. Colin la denominaba El país de las maravillas,^[1] y era así como figuraba en un letrero hecho a mano que pendía de la puerta, con una ilustración del conejo blanco.

Emma se sobrecogió al ver tantas máquinas juntas... muchas para un niño tan pequeño y, por un instante, sintió pánico, temor por defraudar a ese padre protector; horror por no estar a la altura de lo que esperaban de ella.

Colin vio el miedo reflejado en sus ojos y cerró la puerta con cautela.

—Le recomiendo que se relaje. Vaya a su habitación e instálese. En

unos veinte minutos, baje al salón. Allí le explicaré en qué consistirá su día a día en esta casa y juntos comentaremos las cláusulas del contrato.

—De acuerdo.

Emma dio media vuelta y entró en la habitación ubicada al fondo del pasillo, la que el doctor le había asignado como suya a partir de ese momento. Entró y cerró la puerta tras de sí. Necesitaba estar a solas consigo misma, inspirar hondo y, a ser posible, sentarse un instante para aflojar los cordones de sus deportivas. Estaba acostumbrada a caminar descalza por su antiguo apartamento y, desde hacía rato, ese calzado le estaba moliendo los pies. Tras descalzarse, se tumbó en la cama y cerró los ojos.

Minutos más tarde y siguiendo las instrucciones, bajó al salón para reunirse con él. Colin ya estaba allí, sentado en el sofá. Se había cambiado de ropa. Iba vestido más informal que de costumbre. Ya no llevaba aquel triste traje negro de firma, sino una sencilla camiseta blanca de manga corta y unos tejanos algo desgastados.

Emma parpadeó sorprendida. Desde la distancia se le veía tan despreocupado, incluso parecía otra persona, más joven, más cercano, más...

—Señorita Campbell, ¿ha decidido permanecer ahí plantada lo que queda de tarde? —Fingió estar molesto.

Aquel comentario que no esperaba la mantuvo en silencio unos segundos antes de acercarse a su lado.

—A partir de hoy, ésta será también su casa, por lo que le sugiero que empiece a moverse con total confianza. —La miró mientras estudiaba su reacción—. ¿De acuerdo? Se trata de que todos nos sintamos cómodos.

Ella se sentó en una butaca frente a él y después se inclinó ligeramente hacia delante.

—Entonces, por esa misma regla de tres... ¿quizá no sería más lógico comenzar por tutearnos?

Colin la escrutó antes de darle una respuesta.

Miró con intensidad sus grandes ojos grises y luego cómo mordisqueaba su labio inferior. Ni siquiera era consciente de lo tremendamente sensual que era con un simple gesto como ese.

Colin tuvo que contener el aliento y obligarse a apartar la mirada de su sugerente y apetecible boca.

—No se trata más que de un mero formalismo. Por lo que, de

momento, preferiría mantenerlo, si no le importa. —Denegó su propuesta con obstinación, porque creía fielmente que su idea era un auténtico despropósito.

—De acuerdo, lo tomaré como parte de mi trabajo —asintió ella con decisión para no llevarle la contraria. Aunque, a decir verdad, no compartía en absoluto su percepción de lo que era una relación laboral.

—Perfecto; le recomiendo que sea así cómo se tome de ahora en adelante todo esto.

Ella lo observó mientras él alargaba el brazo y se hacía con unos papeles que descansaban sobre la mesita, junto a una bandeja con dos tazas de café recién hecho. Justo entonces, advirtió el tatuaje que cubría gran parte de su antebrazo izquierdo: una cruz celta con las palabras *carpe diem* inscritas en tinta negra.

—*Carpe diem, quam minimum credula postero...* Vive cada momento de tu vida como si fuera el último...

Emma se conmovió tras murmurar muy bajito esas palabras. Después, sin dejar de observarlo en silencio mientras le hacía entrega del contrato, se preguntó por los motivos que le habrían llevado a tatuarse para siempre en su piel aquel adagio latino en aquel sitio tan visible, como si necesitara recordarlo constantemente.

Él se acomodó de nuevo en el sofá mientras esperaba que ella leyera el documento. Al cabo de un rato, Emma alzó la vista con asombro, mirándolo boquiabierta.

—¿Dos mil quinientos euros?

—¿Le... le parece poco? Podría mirar de...

Colin cambió de postura con apreciable incomodidad. No quería que, por culpa de unos malditos euros en discordia, se opusiera a firmar el acuerdo contractual.

—¡No, por Dios! —le aclaró al instante y siguió hablando—: Me parece una cifra demasiado... generosa.

—Para mí no lo es. No se ofenda, si pudiera pagarle más, lo haría. Nunca he puesto precio al bienestar de mi hijo y jamás lo haré.

Colin sonrió de medio lado.

—No se imagina lo que he llegado a pagar por el internado de Timy en centros pioneros en la investigación...

Dejó de sonreír al recordar cómo se habían comportado todos, sin excepciones... como malditas sanguijuelas oportunistas, aprovechándose

del dolor de los demás, afianzándolos en falsas quimeras a cambio de una dadivosa compensación económica.

Emma se percató de cómo su semblante se ensombrecía y sus fuertes rasgos se endurecían. Y, por primera vez, se dio cuenta de que, a pesar de que Colin se empeñara en mostrar constantemente una apariencia férrea, intransigente e insensible, era un ser vulnerable por naturaleza. Y supo en ese preciso instante que, aunque careciera de experiencia, haría todo cuanto estuviera en sus manos para prestar su ayuda, a él y al pequeño Tim.

—Lo que quiera darme, me parecerá bien. —Lo miró con franqueza. Teniendo en cuenta que a partir de ese momento disfrutaría de un hogar y de todas sus comodidades, reconocía que era un salario más que respetable. No recordaba haber cobrado semejante cifra en toda su vida.

—Créame cuando le digo que es un sueldo justo, adaptado a las circunstancias —quiso aclararle para que más tarde no hubiera lugar a dudas. Toda advertencia previa era justificada—. Le hago memoria de que tendrá que permanecer alerta las veinticuatro horas del día, trescientos sesenta y cinco días al año, salvo los días en que libre. Es decir, uno cada dos fines de semana.

—Lo sé y me hago cargo —insistió ella—. No tengo lazos que me impidan convivir en esta casa por tiempo ilimitado.

—En eso quería hacer hincapié. —Su voz se volvió algo más grave y exigente—. Una de las cláusulas al final del documento deja muy claro que la persona que esté a cargo del cuidado de Timy no puede abandonar la casa sin previo aviso de treinta días hábiles.

—No se preocupe, soy una mujer de palabra. Eso jamás ocurrirá —le aseguró con los ojos muy brillantes—. ¿Tiene algo con lo que firmar?

Colin asintió.

Se levantó del sofá y buscó en el interior de uno de los cajones del mueble rinconera que había junto a la ventana de acceso al jardín. Tras entregarle una pluma estilográfica, garabateó su nombre al pie de la página y luego se lo entregó en mano.

«Contratada...»

Ésa fue la primera palabra que se le vino a la cabeza cuando él le tendió la mano para darle la bienvenida.

—Gracias. No le defraudaré. —Se la estrechó con firmeza.

Colin se negó a responder, guardando silencio y su opinión para sí

mismo, pues el tiempo era el único que podría contradecirla, el único que podría rebatir esa afirmación, el único que le daría la razón o se la arrebataría sin contemplaciones.

—Póngase una chaqueta y espéreme en el vestíbulo —le indicó observando su reloj.

—¿Adónde he de acompañarlo?

—Se lo explicaré de camino.

Emma se lo quedó mirando confusa mientras desaparecía de su vista y ponía rumbo a la planta de arriba.

6

Realidad

—Retraso generalizado en el desarrollo y en el habla: disfasia tanto receptiva como expresiva. Con cinco años, su menudo cuerpecito aún no es capaz de coordinar tres pasos seguidos sin trastabillar y caer de bruces contra el suelo.

Colin cogió aire para proseguir sin cavilar en sus explicaciones. Hablar de los problemas de su hijo siempre había sido un hándicap en su relación con los demás. Era demasiado reservado, a la par que celoso de su intimidad. Pero ese caso era muy distinto, pues Emma debía conocer los pormenores de la situación a la que, en breve, se vería expuesta.

—Además de tener frecuentes ataques de epilepsia y un largo etcétera...

La joven de mirada gris se lo quedó mirando sin saber qué decir, salvo por las dos palabras que brotaron de su garganta a duras penas.

—Lo siento.

Sin poder evitarlo, algo, un sentimiento profundo, nació en su interior. Acababa de sentir compasión por ese hombre, por ese padre.

Colin, al ladear la cabeza y ver cambiar los gestos de su rostro, aquella mirada melancólica y aquel ceño fruncido, se dio cuenta de un detalle.

—No lo sienta. —La miró sólo un instante y luego fijó de nuevo la vista en la calzada. Lo último que quería era infundir lástima—. En realidad nadie tiene la culpa de nada.

—Es cierto, nadie la tiene —murmuró casi más para sí misma que para compartirlo con él.

Emma asintió calladamente antes de acomodar la cabeza en el respaldo y entornar los ojos, enterrada en sus pensamientos mientras veía

desfilan la ciudad de Dublín a través de la ventanilla del vehículo.

Después, reinó el silencio, que les acompañaría durante el resto del viaje.

A unas dos manzanas antes de llegar a su destino, en Donnybrook, se puso a diluviar.

—¿Puede mirar en la guantera? —Observó el cielo a través de la luna delantera antes de aparcar el vehículo en batería—. Quizá encuentre un paraguas.

Emma siguió sus instrucciones y abrió la puertecilla. Inspeccionó el interior, pero ni rastro, no había nada con lo que guarecerse de la lluvia.

Colin gruñó al darse cuenta de que era muy probable que lo hubiese olvidado en casa. Alargó el brazo para acceder al asiento trasero, pero corrió la misma suerte. Ni rastro del dichoso paraguas.

—Me temo que tendrá que esperar aquí —le sugirió antes de apresurarse a salir del coche y correr bajo la lluvia.

Sin embargo, Emma hizo caso omiso y salió tras él. Muy pronto le dio alcance.

—¿Qué se supone que está haciendo?! ¡Vuelva al coche! —le ordenó, dándose cuenta de que estaba empapada hasta las trancas. La miró por el rabillo del ojo antes de observarla de arriba abajo. El pelo, la ropa, las deportivas...—. Enferma no podrá cuidar de mi hijo.

—No suelo enfermar.

—No sea cabezota —le replicó molesto.

«Guapa y testaruda.» Pensó que era preciosa a pesar de tener adherida a su cara aquella maraña de pelo rojo como el fuego.

—No se ofenda, pero... ¿ha pensado qué quizá precise de mi ayuda?

—Siempre he venido solo a buscar a Timy, no veo por qué hoy debe ser una excepción.

—Antes no tenía a nadie para que lo ayudara. Eso ahora ha cambiado —añadió ella alzando una ceja ante la obviedad.

Colin la miró durante un rato hasta que, por fin, claudicó.

—¿La testarudez es algo innato en las pelirrojas? —dejó caer en un ronco y discreto susurro mientras aguantaba la puerta con la mano para cederle el paso.

Emma disimuló una sonrisa antes de entrar. Luego, cuando estuvo

convencida de que estaba fuera de su alcance visual, esbozó una radiante sonrisa victoriosa.

—No sabría decirle de las demás. —Se encogió de hombros—. Yo sí, lo soy.

A regañadientes, Colin abrió el paso mientras ella lo seguía en silencio por el estrecho pasillo. Lo atravesaron juntos y se dirigieron a la tercera puerta del fondo. Al llegar allí, la golpeó con los nudillos.

Inmediatamente, una mujer de mediana edad, rubia, delgada y de rasgos nórdicos, abrió la puerta.

—Buenos días, doctor Wilde —pronunció con sobriedad sin poder quitarle el ojo de encima a Emma.

—Buenos días, Catherine.

Colin presentó a Emma como a la nueva asistente de su hijo.

—A partir de hoy, será ella la responsable de venir a buscar a Timy cada sábado al centro.

—Me parece una idea muy acertada, doctor —le dio la bienvenida a Emma con un breve y aséptico movimiento de cabeza—, ya era hora de que alguien le echara una mano.

Emma miró a Colin con agradecimiento por su repentino voto de confianza.

—Soy Emma Campbell. —Le tendió la mano.

—Encantada. —Se la estrecho con ímpetu—. Mi nombre es Catherine Byrne y soy la supervisora del Meath Hospital.

Emma apartó un momento la vista de la mujer para dirigirla hacia el interior de la sala polivalente. Era una estancia espaciosa y bien iluminada, con mobiliario y maquinaria específica destinada a la estimulación psicomotora de los pequeños.

Y allí estaba Tim, sentado sobre una colchoneta de gimnasia, con su menudo cuerpecito haciendo malabares para mantenerse erguido más de dos segundos seguidos.

Colin, al observar a Emma, se dio cuenta de que, ajena a la conversación, miraba a su hijo con una preciosa sonrisa en los labios mientras que Tim trataba de comunicarse con ella desde la distancia. El crío empezó a tirarse del pelo, conducta que solía realizar para expresar sus emociones; en ese caso, alegría.

Lo que el doctor vio hizo que se le erizara el vello de todo el cuerpo. La inusitada conexión que se había establecido entre ambos era del todo

increíble, a la par que maravillosa.

—Emma... puede ir con Timy, si lo desea.

Al oír su ofrecimiento, ella sonrió agradecida, de la misma forma que si alguien acabara de robar las estrellas del firmamento para entregárselas en mano. Sólo para ella...

No se lo pensó dos veces y, tras excusarse, rompió a caminar hacia donde se encontraba el pequeño y, al llegar a su lado, se sentó sobre sus talones. Comenzó a acariciarle el pelo con ternura y después a hablarle sin tapujos, con toda la naturalidad del mundo, como si se conocieran de toda la vida.

—¿Hace mucho tiempo que ella trabaja para usted?

—Hoy es su primer día.

—¿Estará bromeando? —Parpadeó sin dar crédito.

—No. Ésta es la segunda vez que se ven.

Catherine sabía perfectamente que Tim no llevaba bien las relaciones sociales ni siquiera soportaba que los extraños se le acercaran y mucho menos sin estar su padre presente.

Asombrada por las palabras de Colin, no tuvo más remedio que reconocer lo que hasta un ciego vería.

—En ese caso, debo admitir que esa muchacha tiene un don.

Colin la miró con vehemencia.

—Yo no lo hubiese expresado mejor.

Descubrir

Al anochecer, cuando Emma estaba echada sobre las sábanas y con los ojos cerrados mientras se relajaba escuchando Photograph,^[2] de Ed Sheeran, alguien golpeó la puerta con los nudillos. Al estar entreabierta, sólo le bastó darle un pequeño empujón para echar un breve vistazo al interior de la habitación.

—¿Ha cenado ya?

Emma abrió los ojos lentamente y se sentó doblando las rodillas. Enderezó la espalda y miró a Colin obligándose a responderle con honestidad.

—No, aún no.

—Pues, en eso caso, la espero en el salón.

Y dicho esto, sin molestarse en discutir con ella y sin otorgarle tiempo de réplica, dio media vuelta y descendió a la planta de abajo.

Por su lado, Emma apagó el reproductor de música y se dispuso a salir del dormitorio, cuando el pitido de un mensaje entrante de WhatsApp la detuvo en el acto. Sólo había dos personas conocedoras de su número de teléfono. Dos sin tener en cuenta al atractivo doctor que la esperaba para cenar.

Se volvió y se acercó a la mesita de noche. Al observar la pantalla, pronto todas sus sospechas fueron resueltas, bautizadas a su vez con nombre propio y apellido. En efecto, no cabía duda, se trataba de ella, tal y como Emma dedujo, porque era la única persona capaz de enviar un mensaje después de semanas de aséptico mutismo sin siquiera encabezarlo con una sola palabra afectuosa. Así era ella: insensible y fría como un bloque de hielo.

Emma no pudo evitar soltar un acre suspiro de resignación.

Con los años había aprendido, a base de recibir palos de indiferencia, a aplacar ese malestar para que le afectara lo menos posible... aunque, craso error, no siempre lo conseguía, pues en la mayoría de las ocasiones salía malherida.

Alargó la mano y empezó a teclear unas pocas palabras para acabar cuanto antes con la angustia que le recorría las entrañas.

Emma: En cuanto pueda, transferiré el dinero.

Tras enviarlo, ni siquiera esperó para comprobar si el destinatario lo leía. Salió rauda de la habitación y bajó de dos en dos los escalones rumbo a la cocina.

Al llegar allí, la imagen que vio nada más entrar le devolvió una espontánea sonrisa a su mohíno rostro. Por lo visto, Colin Wilde permanecía de espaldas, concentrado en la elaboración de unos succulentos platos, a tenor del olor que desprendían.

Ése era un buen momento para acercarse a su anfitrión y conocer otros aspectos de su hermético carácter. Bien era cierto que eran contadas las ocasiones en las que había disfrutado de ver a un hombre cocinar y cabía señalar que, además, jamás había tenido el gusto de admirar a uno con semejante destreza.

Alimentada por la curiosidad, oteó discretamente por encima de sus hombros.

—Huele muy bien, ¿qué es?

—Algo rápido.

Colin ladeó la cabeza y la miró de soslayo.

—¿Es usted carnívora? —Sonrió volviendo la vista a la cazuela.

—¿Ésa es una pregunta trampa?

Las mejillas de ella se ruborizaron levemente bajo su blanca piel.

—Es una pregunta, sin más, Emma. Sin otra pretensión más allá de romper el hielo. —Se humedeció los labios con lentitud y continuó rehogando la cebolla—. Aunque, por supuesto, es usted libre de otorgarle el sentido que más le plazca.

La joven, que en ningún momento pretendía morder el anzuelo, habló sin pensar por culpa de su indomable impulsividad.

—No tengo manías, doctor. Tan sólo soy una chica sencilla de pueblo que se ha ido adaptando a todo tipo de situaciones y...

—¿Me pasa la fuente, por favor?

Colin la interrumpió con educación para señalar el utensilio con un leve gesto de cabeza. Sin duda, su único y más inmediato propósito no era otro que se sintiera cómoda con la convivencia que iniciaban ese mismo día.

—Creo que no me equivoco al afirmar que todos tenemos un pasado, señorita Campbell —argumentó sin detenerse a mirarla a los ojos—. Está claro que unos hemos gozado de más privilegios que otros. Sin embargo, le aseguro que haber crecido en un ambiente acomodado no es sinónimo de haber vivido mejor, sino más despreocupado.

»Al final, la realidad de los problemas, tarde o temprano, nos acaba salpicando a todos por igual.

Al volverse, Colin clavó por unos instantes sus intensos ojos color café en los suyos. Ella, sin saber por qué, fue incapaz de apartarlos. Su mirada era demasiado intensa, demasiado penetrante, casi hipnotizadora...

—Apuesto a que ya se habrá dado cuenta de que me gusta observar a las personas —añadió, sonriendo en una mueca—, resultado de mi patológica y absurda obsesión por desconfiar del prójimo.

El doctor Wilde meditó durante unos instantes para elegir cuidadosamente las palabras antes de pronunciarlas.

—No actúo por caridad —alegó con rotundidad—. Jamás lo he hecho y jamás lo haré. Quiero que eso le quede muy claro desde un primer momento.

Emma abrió los ojos como platos, sorprendida.

No recordaba haber mencionado nada de su vida privada... ni que había estado mendigando por las calles de Dublín durante varios días con sus interminables noches, ni que tuvo que recurrir a varios albergues para buscar alojamiento y sustento. Entonces, ¿cómo podía saber tanto de ella? Toda esa información era demasiado íntima y... personal.

—¿Acaso me ha estado siguiendo?! —le espetó bruscamente con una mirada sombría, sintiendo a su vez cómo se le revolvía el estómago—. ¿Cómo sabe de mi precaria situación económica?

—No lo sabía. Ya le he comentado antes que soy muy observador —sostuvo él de inmediato—. Y en cuanto a su situación económica... —sonrió con ironía—... usted acaba de mencionarla.

Los ojos de Emma primero centellearon de rabia al no tener argumentos con los que rebatir y, después, poco a poco, su mirada gris se

fue inundando de tristeza sin poder evitar bajar la vista al suelo, completamente apenada.

—Disculpe, necesito ir al servicio... —claudicó con un hilo de voz.

Colin, en un movimiento rápido, la sujetó por la muñeca impidiendo que se alejara.

—Emma, le doy mi palabra de que, por lo que a mí respecta, las cosas no van a cambiar —le susurró esforzándose en mantenerse impassible, neutral. Evitaba mostrar que estaba afectado por su reacción—. Fue la elegida de entre los muchos otros candidatos por varias razones... aunque el motivo más importante es sólo uno: Timy.

Ella, sin pretenderlo, le devolvió una mirada cargada de escepticismo. Quería creer en sus palabras, pero, por más que lo intentara, no lograba confiar plenamente en él.

De inmediato, al sentir cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, dio un fuerte tirón para liberarse de su amarre y se marchó, dejándolo con la palabra en la boca y una sensación amarga en el paladar.

Colin la vio alejarse, pero no fue tras ella. Se limitó a observarla hasta que desapareció tras la puerta en dirección a las escaleras.

Por su larga experiencia en causar dolor a los demás, tenía claro que era mejor dejar pasar la marea y que las cosas volvieran por su propio pulso a la normalidad.

Contuvo el aliento a duras penas y se frotó la cara con las manos.

«Esta vez deseo hacer las cosas bien desde un principio, joder... esta vez sí.»

No quería volver a tener que lamentar más fracasos, más ausencias, más pérdidas... nunca más.

A medianoche, Colin se levantó de un sobresalto de la cama. Pero, por una vez en mucho tiempo, la causa no era una de las recalcitrantes pesadillas que se repetían en bucle cada vez que lograba conciliar el sueño, sino un atrayente sonido que provenía del otro lado del pasillo.

Se cubrió sólo con un pantalón de pijama bajo de cinturilla y caminó descalzo hacia allí.

Frunció el ceño extrañado al reconocer el canto de una nana irlandesa que provenía de la habitación de su hijo Tim.

—Too-ra-loo-ra-loo-ral,^[3] Too-ra-loo-ra-li, Too-ra-loo-ra-loo-ral, that's an Irish lullaby. Oft, in dreams I wander to that cot again...

La letra hablaba de dejar de llorar y de una madre que, en tono suave y bajo, cantaba una canción a su hijo.

Al acabar, Emma acarició con dulzura el sonrosado rostro del niño y lo besó en la frente. Por fin se había dormido.

Al alzar la mirada, se encontró con los fulgentes y benévulos ojos de él. Ignoraba cuánto tiempo hacía que Colin estaba allí plantado y en completo silencio, pero, si era sincera consigo mismo, eso no le importó.

—Recuerdo todas las veces que mi madre me cantó esa nana cuando no podía dormir —murmuró él con nostalgia.

Emma tardó en responder. Ajustó la barandilla a la cama y después se acercó a él con pasos cortos.

—Es una canción de cuna muy conocida —argumentó con honestidad y luego añadió—: ¿Qué madre irlandesa no se la ha cantado alguna vez a sus hijos?

Él no pudo evitar sonreír.

Una vez más, la joven de cabellos rojizos tenía razón; esa nana era muy popular. Sin embargo, Emma no debía restar mérito a su hazaña, pues la había interpretado con una ternura insólita, de una forma muy especial, tal y como se la cantarían una madre a su hijo y no una extraña a un niño con escasa receptividad afectiva.

—Apuesto a que tendrá hambre.

Emma enarcó una ceja por su cambio de tema repentino.

—Si le soy sincera, hace rato que se me pasó el apetito.

—Nunca es tarde para degustar una cena en buena compañía.

—Lo cierto es que...

—Le prometo que mantendré la boca cerrada y me limitaré a escucharla. No volveré a inmiscuirme en su vida privada —añadió con franqueza, y luego le regaló una media sonrisa—. ¿Podríamos empezar de cero?

Ella se lo quedó mirando durante unos instantes antes de hablar.

—Quizá podría hacer el esfuerzo... —Hizo una mueca arrugando la nariz para evitar devolverle la sonrisa.

—En ese caso, comenzaré por las presentaciones: mi nombre es Colin Wilde.

Le tendió la mano esperando a que se la estrechara para sellar de algún modo su nuevo acuerdo.

—Emma Campbell...

Ella se estremeció ligeramente al notar la calidez de su mano cubriendo la suya. Del mismo modo, una pequeña y placentera descarga eléctrica no pasó inadvertida para ninguno de los dos.

—Cenaré con usted.

—Me parece una buena elección.

—Pero con una condición. —Suspiró soltándose despacio de su mano.

—¿Cuál? —le preguntó con curiosidad.

—En esa cena, sólo seremos Colin y Emma. Dejaré de ser su empleada y usted, el padre de Timy, para quien trabajo. Nada de formalismos...

—¿Quiere que la tutee?

—Por favor. —Le rogó también con la mirada—. Sí.

En ese momento, Colin era incapaz de negarle nada. En su primer día de trabajo había demostrado con creces su valía cuidando a Tim, por lo que ni siquiera lo cuestionó.

—Por supuesto, Emma. Si es eso lo que quieres, te lo concederé.

Él señaló hacia el pasillo, invitándola a salir.

—Después de ti.

—Gracias, Colin.

Descendieron al salón y él le pidió que se acomodara mientras encendía el horno y abría un par de cervezas bien frías.

Al poco, se sentó a su lado y le entregó una.

—¿Sin alcohol?

Emma quiso leer la etiqueta que envolvía la botella, pero él se adelantó.

—Sí, me temo que en esta casa no encontrarás nada destilado. —Se excusó algo nervioso—. ¿Prefieres otra cosa? ¿Agua? ¿Tal vez un zumo?

—No, por mí está bien. No te preocupes.

Elevó la botella y bebió a morro de ella.

Colin se la quedó mirando sin apartar la vista de su boca. Ese movimiento, ese gesto al levantar la botella y, sobre todo, su forma de beber... Todo, momentáneamente, le hizo recordar a alguien del pasado. Un pasado aún no muy lejano que, muy a su pesar, seguía demasiado presente.

Dejó de observarla y se peinó con los dedos para disimular su alterado estado y su latente nerviosismo. Luego, se ausentó un instante de

la mesa para abrir la ventana. Necesitaba cuanto antes respirar aire fresco y, de paso, ahuyentar aquellos tórridos pensamientos de su mente.

No entendía por qué Emma le afectaba tanto, si acababan de conocerse. No comprendía por qué se sentía tan cómodo con ella y a la vez tan conturbado, tan desnudo, tan... vulnerable. No concebía el hecho de que sintiera la imperiosa urgencia de abrirse a ella, ni el deber de confesarle todos y cada uno de los fantasmas que lo acechaban en forma de angustiosas y recurrentes pesadillas todas las noches.

«¿Pero qué coño me está pasando...?»

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella acercándose sigilosamente por la espalda.

Él se giró de golpe tras dar un bote en el suelo.

—¡Dios, Emma! —Ahogó un alarido al tiempo que se llevaba una mano sobre el pecho izquierdo—. No vuelvas a hacer eso... me acabas de dar un susto de muerte.

—Lo siento, no era mi intención asustarte.

Bajó la vista a sus pies.

—Emma, caminas casi de puntillas...

—Sí, ésa es mi forma de andar.

—Me obligarás a ponerte un cascabel como al gato de la fábula.

Emma enarcó una ceja sorprendida y, aun a riesgo de molestarlo, se sorprendió al notar cómo sus labios se curvaban en una discreta sonrisa que poco después estalló en risa. Hacía mucho tiempo que nadie hacía alusión a su forma de caminar. Demasiado.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó él sin dejar de sonreír.

—Pues... todo y nada... Tú, yo y... mis pies. El asado en el horno a punto de quemarse. La insípida cerveza sin alcohol. Un padre preocupado por el futuro incierto de su hijo... Tus espantosas ojeras, producto de no dormir. Las veces que te pasas las manos por el pelo... Tu nerviosismo y el tratar de aparentar indiferencia a cada momento... El cuestionarte si hiciste bien en contratar a una persona sin experiencia previa...

Durante unos instantes, permanecieron mirándose sin decir nada, hasta que Colin rompió el silencio.

—Por lo visto no soy el único observador en esta casa.

—Eso parece. —Sonrió encogiéndose de hombros.

—Agradezco tu sinceridad.

—Lo estoy siendo porque, desde un primer momento, algo en ti me

pide que sea franca contigo.

La brillante mirada de Colin recorrió muy despacio los rasgos de su rostro, preguntándose cómo una persona tan joven podía tener esa admirable madurez.

Sorprendentemente, ella, una vez más, supo leer en los ojos de él lo que sus pensamientos no fueron capaces de articular en palabras.

—Podré ser joven e inexperta. Sin embargo, por suerte o por desgracia, a mis veinticuatro años puedo asegurar que, lo poco que he vivido, lo he vivido intensamente.

Emma no tardó en recogerse el pelo en una coleta improvisada y girarse para mostrarle un diminuto tatuaje tras la oreja.

—Carpe diem... —leyó él en un susurro ronco, y se balanceó inquieto sobre los talones. Eran las mismas palabras que él se había tatuado hacía años en su antebrazo para no olvidarlas jamás.

—Hace tiempo que decidí que ésa sería mi filosofía de vida: vivir el momento sin importar el mañana.

La mente de Colin bosquejó un repentino pensamiento: «¿Acaso eran dos atormentadas almas gemelas predestinadas a estar juntas?»

Negó con la cabeza con denuedo.

Hacía demasiado tiempo que había dejado de creer en las señales del destino, por lo que esa teoría carecía de sentido. Era obvio que no era más que una mera casualidad. Una sorprendente casualidad que lo dejó pensativo durante el resto de la cena y lo acompañó hasta la cama, donde, al fin, vencido por el agotamiento, logró conciliar el sueño.

8

Sinceridad

Martes, 21 de junio de 2016

Un mes después

Cada día al despertar, cuando se disponía a preparar el desayuno antes de acudir al hospital, Colin Wilde se encontraba con la misma escena matutina: la voz de Emma entonando alguna de las canciones de Taylor Swift bajo la ducha. En esta ocasión le había tocado el turno a Shake It Off.

[4]

Colin cruzó el pasillo enmoquetado deslizando sus pies desnudos y sin poder evitar esbozar una insolente sonrisa al pasar cerca del aseo. Tal vez fuera por cómo desentonaba a veces, o porque, desde que compartían un mismo techo, ya no sentía esa sensación de soledad que lo había acompañado la mayor parte de su vida. Fuera por lo que fuese, debía reconocer que Emma, desde su llegada, había sido como un soplo de aire fresco, en todos los sentidos, y no sólo para Tim.

Cualquiera que lo viera en ese momento, inmóvil, observando la puerta entreabierta mientras se contagiaba de la alegría de la joven, pensaría que un sentimiento más allá del profesional, sin pedir permiso, estaba empezando a germinar lentamente en un rinconcito de su corazón.

Se obligó a apartar la vista y a cambiar el rictus de golpe... señal inequívoca de que aquel pensamiento estaba siendo completamente inaceptable y fuera de lugar.

—¿En qué me estás convirtiendo, Emma? No puedo dejar de pensar un jodido segundo en ti...

Se frotó la cara con las manos y descendió a toda prisa las escaleras. Pretendía preparar una bandeja con el desayuno antes de que ella hiciera

acto de presencia: huevos fritos, beicon, tostadas, zumo...

Más tarde, bajo todo pronóstico, Emma entró a hurtadillas en la cocina.

—Buenos días, doctor. —Le sonrió antes de husmear lo que estaba preparando por encima de su hombro.

—Buenos días, Emma.

—Tiene buena pinta, ¿puedo?

Antes de esperar respuesta, sus hábiles manos se apropiaron de uno de los trozos de beicon, para luego llevárselo a la boca y, cerrando los ojos después, saborearlo, con todos los sentidos.

—Humm... —gimoteó ella, sin reprimirse. Ni siquiera quiso ocultar que estaba muerta de hambre. De hecho, tenía un apetito voraz.

Colin, por el contrario, se obligó a no seguir mirándola de esa forma; debía dejar de observar esos pecaminosos labios que lo invitaban a desear cosas prohibidas. Aquello no estaba bien. Él era un hombre atormentado, con un pasado bochornoso que lo perseguía sin remisión, y ella... ella no era más que una niña.

Por eso, trató de centrarse en cosas banales y buscar un pretexto para alejarse cuanto antes de su lado, cualquier excusa le serviría.

—Voy a llevar la bandeja a la mesa. Mientras, si te apetece, puedes preparar café.

—Claro.

La evidente incomodidad que desprendía Colin no le pasó desapercibida a ella, quien se quedó observándolo mientras caminaba hacia la mesa del salón, sin comprender la causa de su repentino cambio de actitud.

Cuando él se volvió, sus ojos se encontraron a medio camino.

—La cafetera está en el último cajón del estante, a tu derecha.

—Ehhh... sí. —Parpadeó sonrojándose ligeramente. La había pillado in fraganti mirándolo.

Emma se giró de golpe y empezó a trastear en los armarios. Pronto oyó un ronco carraspeo a su espalda, a escasos centímetros de su cuerpo.

—Derecha, Emma.

Ella contuvo a duras penas el aliento. Su proximidad y el olor de su perfume no hacían más que hacerla sentir inquieta, vulnerable. Notaba cómo una oleada de calor recorría raudo todo su cuerpo.

Colin abrió el cajón y le entregó la cafetera.

—Te espero en el salón. No tardes o se enfriará el desayuno.

Después, tras comprobar que estaba fuera de su campo de visión, aprovechó para suspirar hondo, tratando de relajarse en la medida de lo posible. Tragó saliva. No comprendía por qué su mera cercanía la alteraba tanto, si bien era cierto que era el ser más sexi y tentador que había conocido nunca; por ello, no era capaz de atender a razones. No era más que un hombre, uno al parecer con demasiado pasado. En resumidas cuentas, no podía negar que era alguien que no le convenía en absoluto.

Minutos más tarde, cuando el café estuvo listo, fue al comedor. Se sentó frente a él y sirvió dos tazas sin preguntarle si lo quería con leche, pues siempre lo tomaba solo.

—¿Azúcar? —le preguntó ella.

—No acostumbro a tomar, pero hoy haré una excepción. Una, por favor.

Emma clavó la cucharilla en el recipiente y después le entregó la taza.

—Gracias.

A Colin le gustaba disfrutar del café muy caliente, por lo que se lo llevó en seguida a la boca. Un solo sorbo le sirvió para escupir de golpe el café, empapándolo todo a su alrededor, incluso la camiseta de Emma.

—¡Joder! Pero ¿qué coño le has puesto al café?

Emma abrió mucho los ojos. Cogió el recipiente e intentó leer la etiqueta, pero no fue capaz.

—¡Por el amor de Dios, Emma! ¿Pretendes matarme? —dijo en tono sarcástico—. ¿No ves que es sal y no azúcar?!

Ella no respondió, se limitó a silenciar sus palabras con lágrimas en los ojos.

—Lo... lo siento... —tartamudeó.

Colin se dio cuenta de que estaba temblando.

—No, perdóname tú a mí. No debí... gritarte.

Rodeó la mesa para acercarse a ella.

—No pasa nada. Mírame. —Le sonrió para tratar de tranquilizarla y, al deslizar la mirada a sus labios, se dio cuenta de que seguían temblando—. Vamos, Emma, un jodido descuido lo tiene cualquiera.

Ella negó con la cabeza y después se ausentó, con la oportuna excusa de que debía cambiarse de ropa, porque la que llevaba estaba perdida de café. Colin la vio alejarse y se quedó pensativo, buscando algún sentido a su extraño comportamiento. No era para ponerse así, tan sólo era sal...

Más tarde, esa misma noche, cuando Tim dormía, Emma aprovechó aquel momento de tranquilidad para acercarse a la habitación de Colin y hacerle una proposición. Una que no debía rechazar.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó su aprobación para entrar.
—Adelante.

Colin estaba sentado en su despacho, dándole la espalda, sumergido como de costumbre en algún proyecto, uno de medicina. Probablemente en alguno dedicado a la investigación de enfermedades raras. Se pasaba las horas muertas frente a la pantalla de su portátil, buscando datos, recabando información.

—Hoy hace una temperatura estupenda. ¿Te apetecería cenar en la terraza?

Colin giró la silla, echó la cabeza hacia atrás y después la apoyó en el respaldo. No contestó de inmediato, sino que lo hizo tras esperar unos segundos.

—Te lo agradezco, pero tengo mucho trabajo, Emma —respondió fijando la vista en ella.

—Vamos, doctor. ¿Cuándo fue la última vez que celebró su cumpleaños?

Colin recapacitó sobre sus palabras y sonrió para sí. Hacía muchos años que no lo hacía, tantos que había perdido la cuenta. Sonrió de nuevo, esta vez abiertamente. Por alguna razón, Emma siempre conseguía sacar lo mejor de él, a pesar de que se empeñara en recluirse entre aquellas cuatro paredes, ausentándose del mundo que lo rodeaba.

A continuación, la miró de arriba abajo. Se había puesto una sencilla camiseta blanca de manga corta y unos tejanos. Se había soltado la melena y se apreciaba un leve rubor en sus mejillas. Sin embargo, pese a esa apariencia de una persona sencilla, reconoció que era con diferencia la mujer más atractiva que había visto jamás.

—Sólo será una copa de vino. —Se apoyó en el marco de la puerta mostrándole una botella y en seguida añadió—: Después prometo devolvete a tu guarida.

A pesar de que no tenía la intención de probar ni una sola gota de ese brebaje, decidió no menospreciar su ofrecimiento. Hubiera sido muy fácil poner mil pretextos, pero no lo hizo. Hubiese sido muy descortés por su

parte.

Suspiró y se puso de pie.

—¿En la terraza?

—Eso he dicho. —Sonrió sin evitar dejar entrever un halo victorioso.

Poco después, salieron fuera y Colin se sorprendió por cómo lo había dispuesto todo. Se fijó hasta en el más mínimo detalle... el mantel, los cubiertos, las copas, la canción *Can't feel my face*,^[5] de The Weeknd, sonando para recrear el ambiente festivo... y sobre la mesa, unas guirnaldas de vivos colores.

—Ya sabes que soy un desastre y no se me da bien cocinar, así que me he permitido el lujo de pedir comida preparada.

Colin alzó las cejas al echar un vistazo a la mesa.

—¿Comida china?

—Sé que te gusta la comida asiática... —se defendió.

—Emma —la interrumpió suavemente—, la comida china me parece una gran elección, de verdad. —Sonó sincero y ella se relajó un poco.

Colin avanzó unos pasos para apropiarse de una de las sillas y retirarla de la mesa.

—¿Me permites?

Ella hizo un gesto asintiendo con la cabeza y luego, tras darle las gracias, se sentó en ella.

El frío de la noche los abrazó al instante. En seguida, para alegrar la velada, Emma llenó dos copas de vino y le ofreció una a él.

—No, gracias. —Alzó la mano y le mostró la palma.

—Vamos, sólo una —trató de convencerlo—, hoy es un día especial. No se cumplen treinta y nueve años todos los días.

Sin responder, Colin cogió la jarra de agua y llenó un vaso.

—Si me dan a escoger, preferiría no tentar a la suerte. —Sonrió con amargura y fue entonces cuando decidió que era un buen momento para sincerarse—. No he tenido una vida ejemplar, Emma. Arrastro conmigo un pasado tortuoso del que me avergüenzo.

Emma dejó de beber vino de la copa y después la dejó sobre la mesa.

—Me he pasado los últimos dos años en rehabilitación para desintoxicarme. —Observó con desprecio la botella de vino e inspiró hondo—. Ha sido muy duro, créeme. Sobre todo los primeros meses.

La joven le dirigió una mirada compasiva.

—Eso es algo de admirar.

—No te imaginas lo que el ser humano es capaz de conseguir en situaciones límites.

—Tienes razón. —Le sonrió.

Colin la observó y, sin poder contenerse, siguió sincerándose.

—Jamás había conocido a nadie como tú.

Al oír esas palabras, se puso tensa y la sonrisa se le borró de la cara.

—¿Alguien como yo? —Lo miró con recelo, sin comprender—. ¿A qué te refieres?

Colin guardó silencio unos instantes para ordenar sus pensamientos.

—No es fácil explicarlo, pero lo intentaré —empezó a hablar—. Cuando estoy contigo, provocas en mí una extraña sensación, eso nunca me había pasado con nadie. Consigues que me abra a ti, que confíe. Te he confiado a mi hijo con los ojos vendados y aún me sigo cuestionando por qué.

»No sé nada de ti... —comenzó a enumerar con los dedos—. Desconozco si tienes familia, si tienes amigos... No sé nada de tu pasado, ni de tu niñez. Tampoco sé nada de tus planes futuros o de tus metas. Ignoro si tienes sueños por cumplir... Y lo más sorprendente de todo es que eso no me importa.

Emma se ruborizó y apartó la vista. Poco después, cogió la copa de vino y bebió un sorbo. De pronto, le costó mucho respirar al sentirse acorralada, pues nunca había abierto su corazón a nadie. Jamás hablaba de temas personales. Y, por supuesto, ese día no iba a ser distinto a los demás.

—No te quedes callada, por favor. Di algo... —Sonrió con nerviosismo, tal vez no había sido buena idea compartir sus pensamientos.

Emma se incorporó bruscamente de la mesa y entró en la casa. Al cabo de un par de minutos, regresó con otra botella, en esta ocasión era de whisky. La abrió y se sirvió un vaso por la mitad. Bebió un trago largo bajo la atenta mirada de él, luego otro y otro más, apurándolo hasta dejarlo vacío.

Colin entornó los ojos y frunció el ceño.

—Creo que ya has bebido demasiado. —Se incorporó de la silla para arrebatarse el vaso de las manos.

—¿Te gustaría saber más de mí?! —le gritó animada por los efectos del alcohol—. ¿Contarme intimidades tuyas para averiguar qué esconde tras mi apariencia de niña buena? ¿Es eso lo que pretendes?!

—¡No, yo no he insinuado eso, Emma! No malinterpretes mis

palabras...

—Una alcohólica, eso es lo que soy, doctor —lo interrumpió sin miramientos y de malas formas, notando cómo le temblaba la voz y emergía el rubor en sus mejillas. Se sintió furiosa y decepcionada a partes iguales, pero no con él, sino consigo misma—. ¡¿Me has oído?! ¡Una borracha! —dijo subiendo el tono de voz—. Por desgracia no soy más que eso, un desecho humano.

Colin apretó mucho los labios al quedarse sin habla. Conocía a la perfección ese despreciable sentimiento hacia uno mismo. Lo había sufrido en sus propias carnes durante años.

—¿Satisfecho? —protestó con rabia sin poder controlar las emociones.

Él tragó saliva con dificultad sin saber cómo actuar ni qué decir para que se sintiera mejor. No era un misterio que desde siempre había sido pésimo con las relaciones personales con los demás, por lo que prefirió quedarse en segundo plano, permaneciendo en el sitio y en silencio, por temor a que sus palabras pudieran hierla mucho más. No creía ser el más apropiado para dar consejos.

Emma, al ver que no reaccionaba ante nada, notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. Quizá esperaba algo más de su comportamiento, o tal vez lo que esperaba era algo más de él: enojo, resentimiento por haberlo engañado, compasión... algo.

Con un angustioso nudo en la boca del estómago, se incorporó de la silla con la intención de marcharse de aquel lugar, con tal infortunio que, al levantarse tan aceleradamente, los efectos del alcohol le hicieron perder por un momento el equilibrio, trastabillarse y estar a punto de caer, de no ser por la rápida intervención de Colin, quien la sujetó por la cintura, evitando el fatídico desenlace.

Sus caras quedaron frente a frente, a un escaso centímetro de distancia.

—Joder, eres una maldita cabezota... —gruñó con obstinación, muy cerca de sus labios, casi rozando los suyos—, podrías haberte hecho mucho daño.

Emma sintió el cálido aliento sobre la piel de sus labios y se estremeció de pies a cabeza. Habría jurado que vio el hambre reflejada en sus brillantes ojos oscuros, casi negros.

Y era cierto, porque Colin se moría de ganas de besarla, de

arrancarle la ropa con los dientes y hacerla suya de una vez por todas. Hizo un gran esfuerzo para no hacer ninguna de esas cosas, porque algo en su interior se lo impedía. Algo que le advertía de que no debía rebasar esos límites o, de lo contrario, correría el riesgo de perderla para siempre, y eso no podía ocurrir. No quería perderla, Tim la necesitaba. Él la necesitaba.

Negó con la cabeza, maldijo entre dientes y dio un paso atrás, separándose de ella como si el contacto de su piel le quemara.

Y, sin dar explicaciones, se marchó de allí, dejándola sola. En ese instante, lo único que deseaba era mitigar lo antes posible su frustración.

Pronto, se encerró en una de las habitaciones, encendió el reproductor de música a todo volumen y empezó a golpear el saco de boxeo con violencia.

9

Soñar

Miércoles, 22 de junio de 2016
The Gallery Restaurant, Castleknock

—¿Qué te pasa, amigo? Desde que he puesto el plato en la mesa, no has dejado de jugar con los cubiertos sin probar bocado.

Colin se obligó a dejar de vagar por sus pensamientos y alzar la vista para mirarlo.

—No lo sé —le respondió vacilante pero con honestidad mientras se encogía de hombros—. Algo ronda por mi cabeza y no soy capaz de sacarlo de mi mente...

Liam hizo una mueca sin dejar de escrutarlo de arriba abajo sin piedad.

—¿Estás seguro de que se trata de algo y no de alguien? Eso explicaría parte de tu extraña conducta.

Colin se quedó en silencio observando cómo su amigo sujetaba una silla por el peinazo y, tras arrastrarla, se sentaba a su lado.

—Ya te avisé: un mes... Ése es el plazo que te di y... por lo visto, no me equivoqué.

Colin no respondió a ese comentario. Sin embargo, lo recompensó con una media sonrisa forzada que dejaba al descubierto su completa turbación.

—Ten cuidado, amigo. —Sus palabras sonaron más a consejo que a sermón—. Me temo que te estás empezando a obsesionar por esa chica. En realidad, por una mujer a la que apenas conoces. Te aseguro que mi misión no es joderte la existencia —resopló con pesar—, pero te recuerdo que no sabes nada de ella... nada. Y tú... tú aún estás rehabilitándote... en

la puta cuerda floja.

Aunque le doliera, Colin reconocía que su amigo estaba en lo cierto y que se lo decía por su bien, incluso a sabiendas de que, en el pasado, su amistad había pendido de un hilo por ser demasiado sinceros el uno con el otro. La honestidad, en ocasiones, no era la mejor aliada para mantener los lazos de una amistad. Sin embargo, Liam conocía a la perfección el lado más voluble del joven doctor y había sufrido cuando, más de una vez, éste se había dejado arrastrar por los excesos, las drogas y la mala vida.

—Tengo el control, Liam. —Apretó la mandíbula—. Por una jodida vez en la vida, estoy convencido de algo.

—Eso espero. —Colocó la mano en su hombro e hizo presión con los dedos—. Por tu bien, espero que, antes de dar un solo paso más con respecto a ella, lo hayas meditado hasta la saciedad, hasta la última de las consecuencias.

—Te juro que por eso estoy así —reconoció él con una mirada torturada—. Me descoloca... consigue que aflore una parte de mí que creía muerta y enterrada.

Liam permaneció en silencio antes de preguntar con un hilo de voz:

—¿No te estarás enamorando?

Colin respiró hondo y contuvo el aliento antes de soltar el aire lentamente. Poco después, con una mirada cargada de resignación, le confesó:

—Hoy... —murmuró y su voz ronca tembló en su garganta—... no creo poder contestarte a eso.

Avanzada la tarde, después de realizar la compra semanal, Colin entró en la cocina y fue depositando las bolsas sobre el mármol de la isla, cuando, alertado por unas risas provenientes de la planta de arriba, se obligó a dejar a medias lo que estaba haciendo.

Subió las escaleras y, sin previo aviso ni llamar a la puerta, entró en la sala polivalente. Lo que vio lo dejó con la boca abierta.

—¿Qué hace Timy tirado en el suelo?!

Colin arrancó a correr, atravesando la habitación como un vendaval. Al llegar allí, se dio cuenta de que su hijo estaba embadurnado de pintura hasta las cejas.

—Estamos pintando —dijo ella con toda la serenidad del mundo.

—¿Qué?! ¡Eres una inconsciente, Emma! —Alzó la voz mientras cogía a su hijo en brazos para llevárselo de allí cuanto antes.

Sorprendida, la joven dejó las acuarelas dentro del cuenco con agua y le siguió los pasos. Muy pronto, dio con él. Estaban en el cuarto de baño y la puerta entreabierta dejaba escapar el sonido del agua al llenar la bañera.

Emma acabó de abrirla y pudo ver a Colin de rodillas desvistiendo a Tim.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —Acercándose a él por la espalda, se cruzó de brazos. —¿Acaso no confías en mí? —le preguntó dolida y muy indignada por su actitud.

Colin maldijo entre dientes en silencio e hizo oídos sordos a sus palabras, porque prefería ignorar su presencia a tener que discutir con ella delante de Tim. Siguió desnudando al chiquillo para después meterlo en el interior de la bañera.

—Colin... no me has contestado... —insistió ella, acercándose más.

Él se giró de golpe.

—¿Acaso hace falta? —le espetó muy molesto.

—Por supuesto.

—Más tarde, Emma. Ahora no tengo tiempo para niñerías. —Dejó de mirarla a los ojos para seguir dándole la espalda—. He de eliminar la pintura del cuerpo de mi hijo...

—¿Niñerías?!

Colin dejó de restregar la piel de Tim por unos instantes y lanzó la esponja contra el agua con ira, fuera de sí. Luego se volvió a girar sin dejar de sujetar a su hijo por los brazos y la miró furioso.

—¡Plomo! ¿Acaso te suena esa palabra? —Vociferó—. ¿No, verdad?

Un silencio por parte de ella resolvió todas sus dudas.

—Página siete del manual, apartado cuarto: lista de sustancias a las que Timy es alérgico. En el número tres: plomo.

Emma no tuvo más remedio que contener el aliento mientras aguantaba estoicamente la amonestación.

—En su momento debí haberte hecho un puto test como en el colegio para asegurarme de que te habías aprendido la lección... ¡Joder! Reza porque Timy no entre en shock anafiláctico a causa de una reacción alérgica por culpa de tu negligencia.

—Harina, sal, agua y colorante alimentario...

—¿Qué?

—Ésa es la composición de la pintura. Es pintura casera. La he preparado yo misma.

La expresión de él en ese instante resultaba inescrutable. Permaneció en silencio sin saber qué decir, al tiempo que los ojos de ella se llenaron de lágrimas al ver que no reaccionaba.

—¡Gracias... muchas gracias por confiar en mí...! —le gritó, y salió del cuarto de baño dando bandazos—. ¡Maldito seas, Colin!

Cruzó el pasillo con paso firme y se encerró en su habitación con un sonoro portazo. Estaba ofuscada, encolerizada y llena de ira. Lo único que deseaba era gritar a pleno pulmón y lo peor de todo era que quería largarse de allí cuanto antes.

Deambuló de un lado a otro, dando vueltas sin saber qué hacer, como si fuera un animal enjaulado. Y, cuando la furia se apoderó de su voluntad, se dejó caer sobre las sábanas, hundió la cara en uno de los cojines y chilló con todas sus fuerzas, arrancando gemidos de su garganta y tensionando sus cuerdas vocales hasta desgañitarse. Fue lo único que, tras varios minutos, consiguió calmar su sentimiento de indignación.

Más tarde, se secó las lágrimas y buscó su mochila de deporte. Sin perder tiempo, empezó a llenarla de ropa, sin apenas doblarla, embutiéndola de cualquier forma.

—Abre, Emma.

Unos insistentes nudillos aporrearon la puerta.

—Márchate.

—Déjame entrar. Te debo una disculpa...

—¡No! —gruñó ella—. ¡Lárgate!

Por un momento, un silencio asfixiante los envolvió a ambos.

—Emma, voy a entrar.

—¡Ni se te ocurra! —Corrió hacia la puerta para impedir que accediera a la habitación—. Si entras, estarás violando mi intimidad... ¡Y te recuerdo que a eso se le llama acoso, doctor...!

—¡No me estás dando alternativa! —se lamentó él.

—¡No te la mereces...! ¡¡Márchate!!

Emma contempló el pomo de la puerta; no le quitaba el ojo de encima al tiempo que su respiración no hacía más que acelerarse vertiginosamente. A su vez, barajaba qué hacer en el supuesto de que abriera sin su consentimiento.

Colin rodeó el pomo con la mano, tentado de hacerlo girar. Tenía que

hablar con ella y hacerse escuchar. Aquél era el momento, pues dejar pasar el tiempo podría ser un error.

Para sorpresa de Emma, la puerta, transcurridos unos segundos, se abrió de par en par.

—¿Cómo te atreves?! —Lo amenazó con los ojos muy abiertos—: Llamaré a la policía...

—Sabes perfectamente que no harás tal cosa.

Colin entró, cerró la puerta tras de sí y avanzó unos pasos hasta quedar a pocos centímetros de ella, mirándola fijamente.

—¡Sí, sí lo haré!

—Si hubieras querido, ya lo hubieses hecho.

Se sacó el teléfono móvil del bolsillo y se lo ofreció.

—Toma. Llama.

La joven abrió mucho los ojos, ofendida.

—¡Ahora mismo me largaré de esta casa!

—Te recuerdo que firmaste un contrato... y una de las cláusulas impide que te marches sin dar treinta días de preaviso...

—Se equivoca, doctor Wilde. ¡Los formalismos de un contrato se extinguen en el jodido momento en que una de las partes no cumple con los pactos no contractuales...!!

—¿De qué coño de pactos no contractuales hablas?!

—De los que no están escritos... Sin confianza, no hay cimientos. Sin cimientos, no hay confianza...

—Yo confío en ti.

—¡Mientes!

Emma mantuvo la mirada clavada en sus ojos.

—Si no confiara en ti, hace días que te hubiese despedido.

—¡Pues hazlo ahora! ¿Qué te lo impide? —le pidió desesperada—. Ahórrame el mal trago que estoy pasando.

—¿De verdad es eso lo que quieres?

Él apretó un puño y sintió cómo todos los músculos de su cuerpo se tensaban, mientras ella permanecía en completo silencio, al borde de las lágrimas.

—Sí —afirmó con fingida frialdad a pesar de que sus labios la traicionaron al temblequear ligeramente—. Te juro que, en este instante, no hay nada que desee más.

Colin sintió esa confesión como si acabara de recibir un puñetazo;

uno muy doloroso, que impactó justo en el centro de su pecho.

—Jamás haría nada que pudiera poner en riesgo su salud —siguió hablando ella con honestidad—. Quiero a Timy, Colin. Y no necesito ser madre para tener ese sentimiento por otro ser, porque te aseguro que lo quiero como si fuera mi hijo, porque lo siento parte de mí.

La expresión de él cambió de inmediato. Si eran ciertas sus palabras, no comprendía su repentina forma de proceder.

—Lo quieres pero te marchas... lo abandonas... —sentenció él—... me abandonas, nos abandonas a los dos.

—Eso no es cierto.

Emma cerró los ojos e inspiró profundo.

—Lo único que me queda por decir en mi defensa es que lo siento —dijo él en un acto desesperado—. Si quieres irte, no seré yo quien se interponga en tu decisión.

Colin miró a Emma a los ojos, perdiéndose en su mirada gris. Y, por un momento, acudió a su mente el recuerdo de la primera vez que la vio. Era la viva imagen de un ángel de cabellos rojizos, piel de porcelana y poseedora de la mirada más dulce que había visto jamás. Un bello ángel al que debía proteger y no zaherir... y se sintió un miserable. Ella no merecía semejante humillación...

Y una vez más, a pesar de haberse prometido a sí mismo que no volvería a pasar, cometió el mismo error: prejuizar a otro semejante sin cavilación, a sabiendas de que jamás había conocido a nadie más imperfecto que él.

—Por favor, márchate y déjame a solas.

Se giró, evitando mirarlo a los ojos al pronunciar esas palabras, porque sabía que, si seguía estando presente, sería incapaz de acabar de preparar el equipaje.

Colin, por su parte, permaneció anclado en el sitio, mientras observaba cómo ella, sin consideración, le daba la espalda, finiquitando de ese modo cualquier tipo de avenencia entre ambos.

Por unos instantes, él guardó silencio, buscando la manera de hacerla cambiar de idea. No sabía hacerlo, ni qué palabras emplear; de lo único que estaba convencido era de que no pensaba darse por vencido... así que se acercó a ella y, agarrándola del brazo, la obligó a volverse.

—¿Qué estás haciendo? —soltó confundida clavando la vista en sus ojos negros, que parecían más brillantes que nunca.

—No voy a permitir que te vayas.

Emma tragó saliva antes de seguir hablando.

—¿No? —le preguntó vacilante—. ¿Y qué piensas hacer para impedirlo?

La respiración de Colin empezó a acelerarse vertiginosamente, notando cómo su pecho subía y bajaba liberando sin remisión el aire de sus pulmones. No tenía plena confianza en que lo que pretendía hacer alterara el rumbo de los acontecimientos. Sin embargo, había perdido demasiadas cosas importantes en la vida por permanecer siempre en un segundo plano, por lo que algo le advertía que había llegado la hora de poner remedio a todo eso, para no tener que lamentarse después...

—Ni siquiera tienes argumentos, maldita sea... —se lamentó ella—
... ni siquiera eres capaz de...

Ignorando su comentario, Colin se inclinó y, sujetándola por la nuca, la besó por primera vez, devorando su boca con desesperación, con posesión; frotando sus labios con ímpetu, sin tregua. Pronto, su lengua saqueó su boca con un hambre atroz, con impaciencia, como si le fuera la vida en ello.

—Colin... —gimoteó—... no sigas... esto no está bien...

Desoyendo sus palabras, la levantó apenas sin esfuerzo para llevarla con urgencia a la cama. Lo único que deseaba era desnudarla, quitarle la ropa para lamer todo su cuerpo muy lentamente y acariciar cada milímetro de su piel con la yema de sus dedos.

La tendió sobre el colchón sin retirar las sábanas y la volvió a besar hasta dejarla sin aliento. Y, antes de que tuviera opción a pedirle que se detuviera, Colin ya estaba de rodillas descalzándola y llevándose un dedo de su pie a la boca para succionarlo y lamerlo de forma enfermiza.

—¡Oh, por favor...! —jadeó asombrada al descubrir que ésa era una zona tan erógena.

—Chis... relájate...

Sonrió de medio lado, de forma lasciva y completamente excitado, antes de quitarle los tejanos para dejarla sólo las braguitas.

—Joder, Emma. Eres perfecta, preciosa...

Colin, antes de aventurarse y quitárselas de un solo tirón, ascendió la mano por la pierna muy despacio para sentir el contacto de su piel y contuvo la respiración cuando sus dedos se deslizaron por el interior de la fina tela, rozando los labios de su sexo.

Sin poder contenerse más, le alzó las caderas y le quitó la ropa interior para hundir cuanto antes su cabeza entre sus piernas.

Ella sintió un latigazo de placer cuando su lengua recorrió tortuosamente sus labios y el nudo abultado de su clítoris... succionando, saboreando con avidez, y todo su cuerpo se tensó. Arqueó la espalda y cerró los ojos sin dejar de temblar mientras se agarraba de su pelo.

—Oh, cielos... —Se mordió el labio inferior cuando Colin introdujo sin pudor varios dedos, haciéndolos girar en su interior, y creyó morir.

—Joder —blasfemó él al darse cuenta de que estaba tan húmeda, tan receptiva—. Emma, no puedo esperar más... —musitó antes de levantarse atropelladamente del colchón y bajarse los pantalones y el bóxer a la vez. Necesitaba desprenderse cuanto antes de la ropa para estar dentro de ella. Dios sabía que lo necesitaba desde hacía días...

Se subió a la cama, separó sus piernas y, agarrando su erección con una mano, la frotó antes de penetrarla. Ambos respiraron agitadamente cuando su erección se clavó en lo más profundo. Y, sin tregua, empezó a moverse a un ritmo frenético, desplazando las caderas mientras una de sus manos se deslizaba por debajo de la blusa para buscar su pecho.

—Estoy cerca... —gimió él, sin dejar de empujar.

—Sigue, no pares ahora...

Aceleró los movimientos, frenéticamente, clavándose mucho más hondo, mucho más profundo, de forma descontrolada. Jadeó, con fuerza. Cerró los ojos y apretó los dientes hasta hacerlos chirriar antes de convulsionar, antes de dejarse ir, antes de notar que se desbordaba dentro de ella.

—¡Dios, joder! —gruñó.

Emma no tardó en sentir cómo el orgasmo la invadía por completo y después dejaba retahílas de espasmos bajo la ruborizada piel de todo su cuerpo. Las sensaciones y la espiral de placer que experimentó habían sido demenciales.

Colin se dejó caer sobre su pecho y permaneció así durante un tiempo, negándose a salir de ella, sintiendo cómo su pene, aún duro, continuaba palpitando en su interior.

—Ha sido... —su boca buscó la suya—... diferente, increíble. Ahora que has sido mía... ya no quiero parar...

Emma no respondió a eso, pero a él no le importó. Se fijó en el leve rubor de sus mejillas, en el pelo hecho una maraña naranja y en el intenso

gris de sus ojos y no pudo evitar sonreír.

—Joder, Emma... Eres preciosa.

Y por primera vez en mucho tiempo, sintió que estaba de nuevo en casa.

Al abrir los ojos, a medianoche, Emma se despertó con la sensación de que alguien la estaba observando entre penumbras.

—No hagas eso...

—¿Por qué no? —alegó con atrevimiento—. Mañana ya te habrás marchado, así que qué más dará lo que haga en estos momentos.

Luego, al no estar del todo satisfecho con sus fechorías, comenzó a deslizar pecaminosamente la lengua por el arco de su cuello.

Emma no pudo evitar sonreír al sentir un placentero cosquilleo recorriéndole el largo de la espalda.

—Colin... —susurró sentándose en la cama y alargando la mano para encender la lamparilla de noche—. Mírame, por favor.

Él se colocó de lado, clavó un codo en el colchón y se sostuvo la cara con la mano.

—Te miro, Emma. Siempre lo hago.

Ella se apartó un mechón que cubría sus grandes ojos grises.

—Si es así, ¿qué te dicen mis ojos? —Colin centró la atención en su mirada y sintió su fuerza—. ¿Qué puedes leer en ellos?

—Pues... me están susurrando que no quieren irse.

Ella le sostuvo la mirada, sin desviarla un ápice, en completo silencio, y luego le confesó:

—Mis ojos nunca te mentarán.

Sin pensarlo, Colin acercó sus labios a los de ella muy despacio.

—También me están pidiendo a gritos que te bese. —Rozó su labio inferior como una sutil caricia.

Emma sonrió.

—Y ahora también te lo suplica mi boca...

10

Esperanza

Jueves, 30 de junio de 2016

—Cierra los ojos...

—¿Que los cierre?

—Sí, se trata de una sorpresa.

Colin la miró de reojo y después torció el labio en una mueca.

—No me gustan las sorpresas, me ponen nervioso.

—Pues no deberías estarlo.

Emma se alzó de puntillas y lo besó con dulzura en los labios para tranquilizarlo.

—Venga, relájate y... confía en mí —murmuró melosa—. Te aseguro que es algo que te va a encantar y que, además, no vas a olvidar en la vida...

—Emma...

—¿Qué, Colin? —le preguntó arrastrando las palabras.

—¿No puedes mostrármelo sin tanto misterio?

—No, no puedo —concluyó tajante, tratando de mantenerse seria—.

Venga, cierra los ojos.

—Cabezota... —susurró por lo bajo antes de acatar sus órdenes.

—Te he oído. —Se aguantó la risa.

—Lo sé.

Antes de guiarlo por el pasillo, Emma comprobó que realmente no veía nada. Pasó la mano por delante de sus ojos en varias ocasiones.

—Sigue mi voz.

Negó con la cabeza sin dejar de resoplar a cada nuevo paso que daba, tanteando la pared para no trastabillar y caer al suelo.

—Deja de protestar... eres un quejica.

—No lo soy —manifestó con disconformidad. Se sentía torpe—, no veo nada.

—De eso se trata... de que no veas nada.

Cuando llegaron al destino, Emma le pidió que aguardara en el sitio.

—Espera aquí y no se te ocurra abrir los ojos.

—¿No puedo entrar?

—No, yo te aviso.

Se preguntó qué había tramado y, mientras pensaba en ello, Emma aprovechó para entrar en la habitación y cerrar la puerta tras de sí, dejándolo solo con sus pensamientos en el pasillo.

Al principio esperó, pero pronto sucumbió a la tentación, pues era absurdo creer que se mantendría por mucho tiempo alejado, sin husmear y sin averiguar qué se estaba cocinando allí dentro.

Con cuidado, abrió la puerta muy despacio y, a hurtadillas, como si de un vulgar ladronzuelo se tratara, asomó la cabeza por la estrechez del hueco que había dejado.

Colin se quedó paralizado observando la escena: Emma le había colocado una ortesis DAFO (prótesis diseñadas para sostener el pie y el tobillo) a Tim, quien, sujeto por las axilas, tenía la firme intención de dar un paso al frente.

Sintió cómo rápidamente se le llenaban los ojos de lágrimas. Jamás había visto a su hijo tan erguido, a pesar de que todo su menudo cuerpo temblaba como la última de las cartas de un castillo de naipes. Al verlo, luchando con todas sus fuerzas por mantenerse en pie y no caer contra el suelo, esa imagen fue directamente a su corazón. Su pequeño, aquel niño de cinco años frágil e inseguro, sin duda estaba dándoles una valiosa lección de coraje y superación.

—Vamos, Timy... demuéstranos que puedes hacerlo... —balbuceó Colin emocionado al tiempo que se acuclillaba y alzaba los brazos para recibirlo—. Ven, aquí te espero, mi vida... Tú puedes con esto...

Hubo un instante en que las miradas de Emma y Colin se cruzaron. Ella lo miró esperanzada porque ambos merecían conseguir ese paso, los dos eran dignos de ese regalo que habían ansiado durante tantos años.

—Venga, cariño —lo animó ella sin dejar de sujetarlo—, arrastra la planta del pie... dale esa alegría a tu padre... camina hacia él. Hazlo como te he enseñado... sé que puedes hacerlo.

Inmediatamente, imágenes atropelladas empezaron a desfilar por la mente del doctor: el nacimiento prematuro de su hijo; el fallecimiento de la madre de Tim por sobredosis; encontrarse solo al cuidado de un bebé de pocos meses; el diagnóstico del síndrome de Angelman; las angustias; las noches en vela; la impotencia por no hallar centros especializados para él; soledad; temores; frustración...

Respiró hondo. Se había pasado los últimos años rememorando esos tristes momentos y por primera vez en su vida se sintió decidido a que todo aquello formara parte sólo del pasado, porque ése era el lugar que le correspondía ocupar.

Tim empezó a mover un pie, encogiendo los dedos para ayudarse a arrastrar la planta en la moqueta, contrayendo los rasgos de su cara por el esfuerzo.

Tales eran sus enormes ganas de caminar que pronto, ante los ojos de un padre inseguro, logró su propósito.

—Dios mío... —Tragó saliva con verdadera dificultad cuando al fin se produjo el anhelado milagro. Su hijo dio un paso, luego un segundo y, al intentar dar el tercero, se desplomó entre sus brazos.

Colin buscó los ojos de Emma.

—Eres increíble...

—No. Timy es increíble... —se defendió ruborizándose levemente—, yo sólo he sido el hombro en el que se ha apoyado para caminar.

—No te quites mérito, Emma.

—No lo hago.

Colin sonrió y se la quedó mirando sin mediar palabra.

—¿En qué piensas?

Levantándose con Tim en brazos, le respondió:

—Que adoro a mi hijo y el hecho de que sea especial me hace adorarlo aún más. Que gracias a él he crecido, he madurado y me ha hecho ver la vida desde otro prisma. Me ha enseñado a valorar las cosas más simples y a entender el porqué de otras más complejas. Y que sus enormes ganas de luchar y de vivir alimentan vorazmente las mías.

Colin se acercó a ella.

—El día en que te conocí, me dijiste que Timy era una bendición. Eso me molestó, y mucho... hasta hoy no he entendido hasta qué punto es cierto.

Deslizó la mano por su mejilla, rozando con los nudillos su piel.

—Me preguntas qué pienso.

Emma asintió en silencio y él la miró con intensidad.

—Lo que pienso desde hace un tiempo es que creo que me estoy enamorando de ti.

Sorpresa

Viernes, 15 de julio de 2016

Dos semanas después

—¡Oh, Dios mío!

Emma, tras colgar el auricular del teléfono, sintió cómo el pulso se le aceleraba de golpe y un intenso nudo oprimía su estómago y ascendía amenazante en dirección a la garganta. Se cubrió a duras penas la boca con las manos y retuvo el aire en sus pulmones antes de echarse a llorar.

Acababa de recibir una inesperada llamada del Hospital Memorial Sloan-Kettering de Nueva York, confirmando la aceptación de Tim en un programa experimental sobre el síndrome de Angelman.

Emma no pudo evitar sonreír al presagiar cómo un halo esperanzador comenzaba a iluminar la frágil vida de Tim y la de su padre.

Se secó las lágrimas que bañaban su rostro y se apresuró a ir en busca del chiquillo. Siempre temía dejarlo solo demasiado tiempo, por miedo a no estar presente si entraba en una crisis epiléptica. Tal era el punto de angustia de la joven que no se sentía bien salvo cuando estaba a su lado.

—Hoy no te pondré los ortesis DAFO —le dijo mientras le acariciaba el pelo con dulzura antes de cogerlo en brazos y sentarlo con delicadeza en la silla de ruedas—, porque confío en que de esta forma iremos más rápido.

Emma acostumbraba a relatar con minuciosidad cada detalle de todo lo que ocurría a su alrededor, porque tenía fe ciega en que, si se esforzaba en comunicarse con él constantemente, eso podría ayudarlo. Era muy probable que no se tratara más que de una simple idea alocada, tal vez de

un experimento sin fundamento empírico, pero de lo único que estaba segura era de que no tenía nada que perder y quizá mucho que ganar.

—Iremos al Sant James's Hospital en coche, para darle una gran sorpresa a tu padre. —Suspiró entusiasmada, sin dejar en ningún momento de borrar la sonrisa de su cara—. Estoy segura de que se alegrará al vernos y mucho más por el motivo de nuestra visita...

Confusión

Greenwich Village, Manhattan

—¿Es usted Noah Anderson?

—Sí. Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo?

Noah encendió la lamparilla de noche a tientas mientras se sentaba en la cama, se frotaba los ojos con una mano y aguardaba impaciente al otro lado del hilo telefónico.

Recibir la inesperada llamada de un número internacional a altas horas de la madrugada perturbando su sueño la había desconcertado por completo.

—Le llamo del Beaumont Hospital. Me he puesto en contacto con usted porque en nuestros informes figura su nombre como el de un familiar directo de Tim Wilde.

—Así es... es mi sobrino.

Ella se tensó, sintiendo un dolor agudo en la boca del estómago. Era oír pronunciar aquel nombre y provocar que todos los recuerdos que mantenía de Colin invadieran su mente como un rápido tren de mercancías, arrollándolo todo a su paso.

—Cariño, ¿qué ocurre?

Frank se removió entre las cálidas sábanas aún en estado somnoliento.

—Nada, mi vida. Vuelve a dormirte.

Lo besó en los labios para tranquilizarlo y, sin perder más tiempo, se levantó de la cama y se dirigió a la planta baja, no sin antes ajustar la puerta al salir antes de que se despertara del todo.

—Perdone, ¿aún sigue ahí?

—Sí... sí, lo siento —se disculpó mientras bajaba las escaleras ayudándose de la barandilla para no tropezar y caer—. ¿Qué le ha pasado a Timy?

—Él y la persona que conducía el coche han sufrido un accidente de tráfico y, al no localizar a su padre, hemos tratado de contactar con el resto de familiares que figuran en la lista.

Noah se cubrió la boca con la mano y tuvo que sentarse en el sofá porque las piernas empezaron a temblarle.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó alterada con preocupación y, haciendo un gran esfuerzo por no echarse a llorar, añadió—: ¿Y cómo se encuentra? Él... ¿el niño está bien?

—Me temo que no estoy autorizado para darle ese tipo de información. No soy del equipo médico, lo siento.

A Noah esa incertidumbre aún la angustió más.

—¿Y dónde está su padre? —Fue una pregunta más para sí misma que para la persona que permanecía al otro lado de la línea.

—Hemos tratado de localizarlo, sin éxito.

—Comprendo...

Nada más finalizar la llamada, Noah buscó el número de Colin en su agenda, pero pronto se dio cuenta de que sus esfuerzos por localizarlo eran en balde. Seguía desaparecido y ella, a su vez, con una angustiada sensación que a medida que avanzaban los segundos más le oprimía el pecho y el corazón. Se vio atada de pies y manos, a más de seis horas y media de vuelo y sin la posibilidad de hacer nada más por su parte.

Fue al baño y abrió el grifo de mano. Necesitaba humedecerse la nuca y despejar su mente, pese a convertirse en una tarea ardua, pues sus pensamientos no dejaban de vagar ajenos a su voluntad.

—Mi vida.

Frank entró en el cuarto de baño y la abrazó por la espalda.

—¿Qué ocurre? Estás muy pálida.

—Nada —mintió y fingió una sonrisa—. Vuelve a la cama.

—¿Cómo quieres que vuelva a la cama y te deje sola en este estado?

—Estrechó más sus brazos alrededor de su cintura—. Pero ¡si estás tiritando y muerta de frío!

—Estoy bien, de verdad.

Su expresión a través del espejo delataba que estaba preocupada.

—¿Es por la casa de acogida?

Frank la giró, para mirarla a los ojos y atraparle la cara entre sus manos.

—Mi vida, tienes derecho a disfrutar de este momento. Has trabajado muy duro para que tu sueño se convirtiera en una realidad —le acarició la mejilla con extrema dulzura—, pero también tienes derecho a sentir miedo. Es completamente lícito y también necesario.

—Frank, no es por el centro.

—¿Entonces?

El joven entrecerró los ojos y bajó la vista a su contorneado vientre en busca de respuestas.

—¿Es por el embarazo? Ser primeriza siembra dudas, pero juntos...

—Frank —lo interrumpió con cautela—: se trata de Timy, el hijo de Colin.

—¿Timy? —repitió él abriendo los ojos, sorprendido—. No comprendo...

—Ha sufrido un accidente de tráfico, está hospitalizado y no localizan a su padre.

Él la miró en silencio mientras procesaba la información.

—Estoy muy preocupada, no logro contactar con él y el hospital no me ha dado más detalles.

Frank se pasó la mano por el pelo, pensativo. Suspiró y, al poco, salió del aseo.

—¿A dónde vas?

Noah fue tras él siguiendo sus pasos. Vio cómo entraba en la habitación principal y hurgaba en uno de los cajones de la mesita de noche. Pronto dio con lo que buscaba. Ella lo reconoció al instante: su vieja agenda telefónica, la misma que había quedado en desuso y que, presumiblemente, sólo conservaba por añoranza.

Se sentó en la cama y empezó a deslizar las páginas entre sus largos dedos.

Noah, sin perder detalle de sus movimientos, se acercó a él.

—Si me dices lo que estás buscando, quizá pueda ayudarte.

—Busco un número de teléfono.

—¿El número de quién?

—De un tal Liam... —hizo memoria—... Liam Mac Cárthaigh.

—¿Acaso debería conocerlo? —preguntó arrugando el entrecejo. Ni siquiera le sonaba haberlo oído nombrar nunca—. ¿Lo conoces tú?

—No personalmente.

Se quedó callada unos instantes, observando cómo señalaba con el dedo anular algo anotado en el papel y luego le pedía prestado el teléfono y marcaba un número.

—The Gallery Restaurant, dígame.

—Ehhh... sí, buenas noches... —echó un vistazo a la hora del reloj despertador. Allí, en la Costa Este, marcaba las cinco y media de la madrugada; por consiguiente y teniendo en cuenta la diferencia horaria, en Dublín eran las diez y media de la mañana—. Buenos días.

—Buenos días. ¿Llama para realizar una reserva?

—No.

Noah permanecía en silencio mientras lo observaba.

—Me gustaría hablar con Liam... —hojeó la agenda, tratando de recordar el apellido—... Liam...

—Mac Cárthaigh —carraspeó—. Está usted ante él. Bueno, ante mí, no —se echó a reír—, se entiende que es en sentido figurado. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Colin Wilde me dio su número de teléfono para llamarlo en caso de urgencia.

—¿Cuál es su nombre?

El camarero dejó de sonreír de inmediato.

—Frank Evans, de Greenwich Village.

—¿De Greenwich Village? —Tragó saliva con resquemor y apoyó la cadera lentamente en el filo de la barra—. ¿Qué le ha ocurrido a Timy?

La oscura mirada de Frank se cruzó con la gris de Noah, donde se perdió por unos instantes antes de responder.

—Por desgracia, disponemos de muy poca información. Sólo que viajaba en el asiento trasero de un vehículo antes de sufrir un accidente.

Liam alargó el brazo para adueñarse del primer taburete y se sentó en él; de lo contrario, corría el riesgo de desplomarse. Las piernas ya ni siquiera respondían ante ningún estímulo. Quería a ese crío con la misma intensidad con la que quería a sus sobrinos; para él nunca hubo diferencias entre ellos.

Se frotó la cara con la mano y trató de mantener el temple lo mejor que supo.

—Colin siempre lleva el buscapersonas encima... será fácil dar con él.

—Por favor, manténgame informado.

—Descuide.

—Se lo agradezco.

Frank finalizó la llamada y, sin perder más tiempo, se acercó a Noah.

—Ahora sólo cabe esperar. —Le frotó los brazos para que se sintiera mejor y después le acarició uno de sus pómulos con el dorso de la mano —. No te preocupes, muy pronto tendremos noticias de ellos.

Noah asintió tratando de relajarse y él le dio un beso en la frente.

—Frank, hay una duda que me asalta desde hace un rato —aseguró verdaderamente inquieta.

—¿Una duda?

No fue preciso que Noah respondiera a su pregunta, pues los dos intensos años de convivencia con ella le habían otorgado un cierto grado de privilegio: leer en sus ojos lo que sus palabras silenciaban.

—Sí, Colin y yo nos reunimos días más tarde de la inauguración del centro de acogida.

—¿Y por qué no me lo habías contado?

Noah frunció el ceño.

—No lo creí oportuno.

Atónita, ella dio un paso atrás, lanzándole a su vez una mirada hostil.

—¿No lo creíste oportuno?

—En ese momento, no.

Vio brillar los ojos de ella con vigor, aunque la iluminación del dormitorio era tenue.

—Nada de secretos, ¿recuerdas?

—Por supuesto —le respondió sin divagar—. Pensaba contártelo.

—¿Cuándo?

—Pasado un tiempo.

Ella negó con la cabeza, decepcionada. Dejó caer los hombros sin fuerzas y luego se sentó en el borde de la cama.

—Mi vida... —Frank se acuclilló a sus pies—. Te juro... te doy mi palabra de que pensaba ponerte sobre aviso, explicártelo todo, y el camino que tomó la conversación...

—¿Qué te dijo? ¿De qué hablasteis? —parpadeó esforzándose en no llorar.

Él la miró intensamente, reteniendo la mirada, alargando más de lo debido el silencio entre ellos.

—Frank...

Se cruzó de brazos.

—Me hizo prometer algo.

Apretó la mandíbula y ella se dio cuenta de que estaba en tensión.

—Frank, puedes confiar en mí. Puedes contármelo todo. —Atrapó sus manos entre las suyas—. Es peligroso empezar a alzar barreras entre nosotros... puede volvernos vulnerables ante los demás.

—Es cierto, perdóname.

—¿Qué te hizo prometer? —insistió temiendo la respuesta.

—Me hizo prometer que me desviviría por hacerte feliz, amarte, respetarte... cuidarte, protegerte...

Noah suspiró antes de sonreírle dulcemente.

—Mi vida, ¿y qué hay de malo en eso? ¿Qué es lo que temes?

Frank enmudeció, porque no podía confesarle que le había explicado una verdad a medias, pues Colin le había advertido de que, de no hacerla feliz, volvería. Regresaría por ella y esta vez sería para no marcharse jamás.

Frank le echó el pelo por detrás del hombro y le acarició el sensual arco del cuello con la yema del pulgar algo tembloroso.

—¿Qué temo? —le preguntó con tristeza—. A veces temo no estar a la altura, porque me aterra no darte lo que necesitas.

—Pues no temas, cariño, porque lo estás haciendo muy bien.

Noah lo besó en los labios para sellar su afirmación mientras le acariciaba la mandíbula para que dejara de tensarla.

Inspiró hondo, reteniendo el aire en sus pulmones con lentitud, y se sinceró.

—De lo único que estoy seguro es de una cosa.

—¿De qué?

Cogió sus manos y besó la cara interior de sus muñecas. Primero una y luego la otra, sobre las horribles marcas transversales que desfiguraban su delicada piel. Luego alzó la cara y la miró profundamente a los ojos.

—De que, pase lo que pase, te amaré todos y cada uno de los días de mi vida.

Temores

Beaumont Hospital, Dublín

—¿Dónde está mi hijo?!

Colin Wilde entró como un ciclón por la puerta de urgencias del hospital, arrasándolo todo a su paso, respirando con dificultad y con los ojos tan abiertos que parecían salirse de las órbitas.

—¡Cálmese! Por favor —le aconsejó la recepcionista dando un brinco en el asiento.

—¡Timy... Tim Wilde...! ¡Ése es el nombre de mi hijo! ¡Tan sólo... tan sólo tiene cinco años...!

Apoyó las manos en la mesa de recepción de forma intimidante e insistió de nuevo, con la diferencia de que, en esta ocasión, su voz se resquebrajó sin que pudiera evitarlo.

—¡No se quede ahí parada como una estatua! —Dio una palmada con brusquedad en la madera para dar más énfasis a sus palabras—. ¡Busque de una vez su nombre en la puta lista!

La joven ahogó una exclamación y en el acto agachó la cabeza tras ser asediada por la atezada mirada de él. Ésta se le había clavado dentro, hasta en las mismísimas entrañas. Porque, cuando Colin Wilde perdía los estribos, manifestaba con acritud su yo más pernicioso. No era de extrañar que, en innumerables ocasiones, se hubiera odiado a sí mismo por ser incapaz de controlar esa maliciosa naturaleza que anidaba en su interior. Asco, aversión, inquina... encono, odio. Ésos no eran más que una insignificante muestra del gran abanico de calificativos que describían a la perfección cómo se sintió el día que supo que la misma sangre de aquel depravado recorría el interior de sus venas. Jamás se repuso al descubrir

que era hermano de Clive Wilson.

Colin resopló, obligándose a fruncir los labios y contar hasta veinte.

—Lo siento... —logró articular, avergonzado.

Ella, por su parte, sin molestarse en devolverle la mirada, alzó la vista del teclado y señaló uno de los pasillos.

—Se encuentra en observación en el box número tres.

—Gracias —articuló en un susurro casi inaudible.

Y con un hondo suspiro y el corazón en un puño, desapareció, perdiéndose entre los boxes de urgencias.

Recorrió a grandes zancadas la estancia, observando cada camilla. A medida que las posibilidades se agotaban, sus ánimos también flaqueaban. Hasta que, al acercarse a la ventana, oyó la dulce voz de Emma envuelta en una preciosa nana.

Se los quedó mirando unos instantes: Tim, tumbado en la cama, aparentemente tranquilo, y ella acariciando su pelo teniendo cuidado de no rozar el apósito que cubría gran parte de su frente.

Emma, al oír pasos tras de sí, se giró. La imagen que vio la obligó a dejar de cantar en el acto. El joven doctor la observaba, en silencio, con una mirada inefable... mezcla de temor, aflicción e incluso confusión.

—Se ha dormido.

Colin miró a su hijo y luego a Emma. Al comprobar que era cierto, se acercó y la agarró del brazo con fuerza.

—Acompáñame —dijo él, muy serio, tirando de ella.

—Claro...

Salieron de aquella sala a marchas forzadas, dirigiéndose al descansillo que había habilitado junto a las escaleras y la salida de emergencias.

Colin cerró la puerta cuando se cercioró de que se quedaban a solas y de que nadie podría interrumpirlos. La miró inquisitivo y se pasó una mano por la cara con nerviosismo, debatiendo de qué forma podía abordar los hechos con sutileza. Pero, cuando pretendía abrir la boca para empezar a hablar, ella se le adelantó.

—Ha sido un accidente... no vi el semáforo... —relató angustiada, tratando de disculparse— Yo, yo... no lo vi...

Colin abrió mucho los ojos.

—¿Qué no lo viste?! —le gritó exacerbado—. ¿Me tomas por imbécil?!

Ella negó con la cabeza.

—N-no... Yo... yo...

—¿En qué coño estabas pensando?! ¡Te saltaste un semáforo en rojo! ¡Joder! ¡Llevabas a mi hijo en el puto coche! ¡A...Timy! —Estaba tan descontrolado que, sin saber cómo, se vio sujetándola de los brazos y zarandeándola con fuerza—. ¿Acaso ibas tan borracha que no lo viste venir?!

Las palabras salieron de su boca antes de darse cuenta de lo que la estaba acusando.

—¿Quéeee?!

Emma parpadeó varias veces, sin creer lo que estaba oyendo. Lo miró contrariada, pero, sobre todo, dolida. Sus palabras la hirieron como jamás nadie le había causado dolor antes. Ni siquiera ella misma. ¿Acaso era eso lo que realmente pensaba? ¿Que era alguien tan irresponsable, tan inconsciente y tan insensato como para poner en peligro la vida de su hijo? Nada más lejos de la realidad...

Pronto, varias lágrimas surcaron sus mejillas.

—Jamás pretendí causar daño a Timy. Siento... siento mucho lo ocurrido...

Temblando, sorbió por la nariz al tiempo que se secaba las lágrimas para después mirarlo brevemente a los ojos.

—No te preocupes —rehuyó su mirada—, porque hoy mismo recogeré mis cosas y me marcharé de tu casa.

Con esas palabras, se alejó de su lado mientras él permanecía inmóvil, sin volver la vista atrás.

Fantasmas

Esa misma tarde, cuando le dieron el alta hospitalaria a Tim, regresaron a casa.

Colin acostó al pequeño en la cama y, tras darle un beso en la mejilla, cerró la puerta al salir. Atravesó el pasillo taciturno, sumido en sus pensamientos. Sin embargo, al pasar frente a la habitación de invitados, un angustioso pálpito recorrió su pecho, obligándolo a detenerse en el acto.

—Emma...

Acabó de abrir la puerta, que estaba sólo entornada, y encendió la lámpara para iluminar el cuarto.

Se quedó mirando a su alrededor durante un rato. Todo estaba en completo orden: la cama hecha, las cortinas corridas y, en el lugar donde antes descansaban sus enseres sobre el tocador, ya no había nada. Ya no quedaba nada que rememorara la estancia de ella allí.

Suspiró al acordarse de ella y sintió cómo el alma se le caía a los pies...

—No debí juzgarte así... no soy quién para juzgar a nadie.

Se frotó los ojos por el cansancio, se sentó al pie de la cama y, cuando se empezó a descalzar con la intención de dejarse caer sobre el colchón, descubrió algo que asomaba por debajo de las sábanas.

«¿Qué es esto?»

En ese instante, Colin reconoció un papel enrollado en forma de tubo. Uno similar a los que suelen utilizar los dibujantes para recrear sus obras. Se hizo con él y, en cuanto le quitó la goma elástica, pudo verse retratado junto a su hijo en un dibujo hecho a carboncillo.

Su corazón, nada más verlo, se aceleró. Era simplemente precioso, maravilloso. La alegría, el amor y la complicidad entre ambos se

manifestaban en cada trazo de aquella lámina. Sólo alguien con una sensibilidad inusual, fuera de lo normal, sería capaz de transmitir tanto. Indiscutiblemente, esa persona era Emma Campbell.

Fue a coger uno de los zapatos con la intención de calzarse de nuevo, cuando se dio cuenta de que no era el único dibujo oculto. Bajo la cama había por lo menos una veintena. Los sacó todos y los fue desenrollando uno tras otro. Pronto estuvieron esparcidos por el suelo, formando un improvisado collage.

Su mirada se heló al observar los dibujos, pues los que databan de fechas más próximas se asemejaban a la obra de un niño pequeño. Ni siquiera parecían estar concebidos por la misma persona. No eran más que garabatos inseguros, asimétricos, inconexos en relación con el resto de los bocetos.

«No lo vi... no lo vi.»

Las palabras de Emma hostigaron su mente como un devastador tsunami.

—No lo viste... no viste el semáforo en rojo. —Se quedó pensativo, frotándose la frente—. ¡Maldita sea! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Soy neurocirujano. ¡Joder! Ése es mi trabajo, mi puto pan de cada día.

Boquiabierto, por fin todo cobró sentido: la sal en el café, la etiqueta que no supo leer, el accidente de tráfico.

Con nerviosismo, se metió una mano en el bolsillo del pantalón para sacar el teléfono. Marcó su número y esperó.

—Vamos, venga... Emma, coge el maldito teléfono...

Pero sus súplicas no fueron atendidas, pues al siguiente tono saltó el contestador.

Colin odiaba tener que conversar con un artilugio semejante, se sentía ridículo. Aunque, a decir verdad, más ridícula había sido su patética actuación del hospital, por lo que no le quedó otra opción que tragarse el orgullo irlandés por unos instantes, carraspear con fuerza y empezar a hablar.

—Emma... yo... No sé por dónde empezar... —respiró profundamente—. Necesito verte, tenemos que hablar... Por favor. Necesito mirarte a los ojos y pedirte disculpas. Sé que te he prejuzgado, como de costumbre. El tiempo no me ha ayudado a saber ver más allá... ver el interior de las personas. Perdóname, cariño... Soy un cretino... —Resopló maldiciendo en voz baja—. No dejabas de enviarme señales...

¿Cómo no me di cuenta antes? Emma... No debí dejarte marchar, tenía que haber salido corriendo tras de ti... Vuelve, por lo que más quieras... Timy, él te necesita... —tragó saliva—. Yo te necesito...

¡Bip!

Aquel sonido le informó del cese de la llamada.

Colin se quedó mirando el aparato y luego se acercó a la ventana. Fuera llovía. Apoyó la frente en el cristal y sintió la frialdad de la inerte superficie calando en su piel.

Pasó la noche en vela, por dos motivos: el primero, para comprobar a cada momento el estado de salud de su hijo Tim, y el segundo, la turbadora preocupación por no saber nada del paradero de Emma.

Revisó por enésima vez el buzón de voz, pero no había ningún mensaje, así que esperó a que amaneciera para volver a intentarlo.

De nuevo, saltó el contestador.

—Emma... soy yo, Colin... —Su voz sonaba cansada—. Por favor, necesito verte, o por lo menos hablar contigo... saber de ti. Saber que estás bien... No te pido nada más... Te fuiste sin saber cómo estaba Timy. Ya está en casa, recuperándose... Te echa de menos, ha... ha preguntado por ti... —Se percibía un evidente deje de desesperación en sus palabras, convirtiéndolas en un débil susurro—. Yo... yo también te echo de menos. No te imaginas cuánto... Ni siquiera yo mismo lo supe, hasta que te marchaste...

Tras finalizar la llamada, se quedó con el teléfono en la mano, mirándolo con impotencia y sin saber qué más hacer. Por desgracia, en el contrato únicamente figuraba su antiguo hospedaje, aquel viejo y desastroso apartamento en Ashtown, nada más. Ningún otro dato, ningún familiar, nada. Era lo más parecido a buscar una aguja en un pajar; en un inmenso pajar denominado Irlanda.

Esa misma mañana decidió indagar, revisar cada palmo de la habitación de Emma en busca de alguna pista que seguir. Estaba convencido de que, aunque tuviera que dejar la vida en ello, hallaría una hebra lo suficientemente resistente como para tirar de ella y llevarlo hasta la joven.

Abrió cajones y armarios. Revisó con minuciosidad cada recoveco de aquel dormitorio y, cuando casi había perdido toda esperanza, su

tenacidad se vio recompensada en forma de recibo bancario. A decir verdad, de la mitad del documento.

Se colocó las gafas de pasta y, tras desdoblarlo con rapidez, leyó en voz alta.

—Ulster Bank, Dublín. Transferida la cantidad de mil euros al beneficiario Keira Gallagher.

La operación databa de hacía apenas unos días y al pie del documento, confirmando sus sospechas, figuraba el nombre de Emma Campbell.

Raudo y sin perder más tiempo, marcó el número de su amigo Liam, pues estaba convencido de que él lo ayudaría. Nunca le había fallado. En el pasado, cuando había estado con la mierda hasta el cuello, él le había salvado de morir ahogado.

—Te noto intranquilo. ¿Es por esa chica?

En vez de responder, se limitó a esquivar la pregunta como si se tratara de un experto maestro de esgrima.

—Necesito tu ayuda.

—Sabes que siempre te ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

Colin se acarició la incipiente barba, que crecía a marchas forzadas en su mentón.

—Necesito conocer la dirección del destinatario de una transferencia bancaria.

Liam frunció el ceño, sorprendido.

—¿En qué trapicheos estás metido?

—Nada turbio, te lo aseguro.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—La última vez que oí decirte esa frase acabé prestando declaración ante un juez.

—No es lo que te imaginas.

—No me imagino nada, sólo te advierto.

—Necesito encontrar a Emma —se sinceró, al fin.

—¿Se ha marchado?

—Sí.

—¿Tras el accidente?

Colin guardó silencio.

—¿Y no has pensado que tal vez no quiera ser encontrada?

El joven doctor siguió en sus trece, sin mediar palabra, por lo que su amigo concluyó.

—Emma es una muchacha sensible y muy especial... Si ella no quiere que la encuentres, creo que deberías respetar su decisión.

—Necesito dar con ella urgentemente.

—¿Por qué?

—No puedo responderte a eso.

Liam se quedó en silencio.

—Vamos, confía en mí, joder. —Sonó angustiado—. Sólo tú puedes ayudarme. Sé que tienes contactos en la policía y que pueden proporcionarte ese tipo de información.

Liam resopló, pensó por unos segundos y luego maldijo entre dientes.

—Maldito irlandés... —se rindió—... veré qué puedo hacer.

Esa noche Colin no durmió, sino que se dedicó a dar vueltas en el colchón, hasta que tuvo la necesidad de salir a la terraza y fumarse un cigarrillo. Generalmente se fumaba un par, pero ese día acabó con la cajetilla.

La ansiedad se hizo dueña de su raciocinio. Necesitaba cuanto antes conocer los porqués, dar respuesta a los silencios y saber qué motivos condujeron a Emma a ocultar su verdadero secreto.

Secretos

Martes, 19 de julio de 2016

Días más tarde, en cuanto obtuvo la información deseada, Colin dejó a su hijo al cuidado de su amigo Liam y de su mujer, Bridget. De esta forma podía ausentarse sin preocupaciones.

Ignoraba el tiempo que tardaría en regresar, pero era incapaz de quedarse de brazos cruzados sin moverse un ápice. Tenía que encontrarla, verla, hablar con ella... o se volvería completamente loco. Pero, sobre todo, lo que más ansiaba era mirarla a los ojos para hallar las respuestas.

«Llega un momento en la vida en que nos toca dejar atrás el pasado y mirar cara a cara el presente. Ese mismo instante en que nace un sentimiento que nos empuja a ir hacia delante y sin mirar atrás, y que nos obliga a tomar una decisión y actuar.»

Ni siquiera lo meditó, esta vez no iba a ocultar la cabeza bajo el ala. Esta vez estaba dispuesto a coger el toro por los cuernos y enfrentarse sin temor a la situación. Esta vez no iba a huir.

Subió al vehículo y, con un único pensamiento en mente, puso rumbo a su destino: el East Wall Recreation Center, conocida como una de las zonas menos seguras de la ciudad.

Sólo unos kilómetros lo separaban de volver a verla, o por lo menos eso anhelaba. Confiaba ciegamente en su fiel sexto sentido, unido, cómo no, a los concluyentes datos que le habían sido proporcionados por Liam.

Por suerte, a la llegada del 17 Boolavogue Rd, no tuvo demasiados problemas para encontrar una plaza de aparcamiento adecuada a las dimensiones de su monovolumen. Curiosamente, pese a ser considerado un barrio conflictivo, a esas horas de la tarde no había ni un alma

deambulando por las calles.

Antes de apearse, Colin alzó la vista al cielo alertado por el cambio repentino del clima. Varias gotas salpicaron con verdadera furia la luna delantera. Abrió la guantera y buscó el paraguas plegable; al no hallarlo, revisó bajo los asientos delanteros y los traseros, pero ni rastro de su paradero.

Maldiciendo su mala suerte, no tuvo más remedio que salir a toda prisa al porche para resguardarse del aguacero.

Tras sacudir su cazadora con las manos, se peinó el pelo con los dedos e irguió la espalda instantes antes de pulsar el timbre.

Mientras aguardaba, echó un rápido vistazo a las dependencias de la casa. Todo estaba en un lamentable estado de conservación. El revestimiento rosa palo de la astrosa fachada se desconchaba a marchas forzadas; eso se sumaba a cañerías oxidadas, maderas agrietadas... mala hierba y matojos en el lugar donde debería ubicarse un frondoso y cuidado jardín. ¿Acaso eran ésas las infrahumanas condiciones en las que Emma había estado subsistiendo todo ese tiempo?

Se frotó la cara y tragó saliva con amargura. Sencillamente no podía dar respuesta a esa pregunta. Lo único que sintió fue cómo el alma se le partía en dos. Lo invadió una enorme tristeza difícil de describir; melancolía, tal vez ése podría ser el término apropiado. Y, por una vez en su existencia, sintió repugnancia por la vida que había tenido: fácil, acomodada, despreocupada. Una vida que no le pertenecía y que despreció sometiéndola a todo tipo de excesos, vilipendiándola... No era de extrañar que la vida, a esas alturas, le diera la espalda en más de una ocasión.

Al rato, la puerta se entreabrió.

Colin escudriñó de arriba abajo a esa extraña mujer de mediana edad, de apagada y perdida mirada gris, adueñada de un escuálido, gibado y enfermizo cuerpo que cubría escasamente con jirones de tela.

—¿Quién coño eres? —le escupió de forma violenta sin dejar de dar caladas a los restos de un canuto—. No tienes pinta de madero.

El joven doctor enmudeció en el acto al verse reflejado en las dilatadas pupilas de esa desconocida mujer mientras a su mente acudían vagos recuerdos de su antigua vida: alcohol, drogas, excesos... Adicción teñida de necesidad, desolación, angustia, temores...

Colin tardó tanto en contestar que ella a punto estuvo de cerrarle la puerta en las narices.

—Soy un amigo de Emma —desveló al fin.

La mujer levantó la vista para fulminarlo con la mirada.

—Emma no tiene amigos —se burló, y al poco se echó a reír—, los borrachos no tienen amigos...

Colin se la quedó mirando con rabia contenida. Apretó los dientes hasta que le dolieron los músculos de la mandíbula. Ser testigo de cómo se burlaba de Emma lo indignó como pocos lo habían conseguido en toda su vida. Trató de morderse la lengua, pero a esas alturas le fue del todo imposible.

—La vida, aparte de maltratarme con severidad, me ha enseñado muchas cosas —empezó a decir—: entre ellas... jamás juzgar a los demás por los errores que cometen, porque todos somos imperfectos y, por consiguiente, todos, en un momento u otro de nuestra existencia... seremos vulnerables, tropezaremos, caeremos y sólo depende de nosotros levantarnos.

Ella, que no le quitaba ojo de encima, dio una honda y larga calada a su canuto y después le dedicó tres sonoras palmadas al aire.

—¡Bravo, bravo, sí señor...! Además de borracho, psicólogo... tal para cual.

Las palabras envenenadas de inquina de la ominosa mujer y el fuerte portazo que las acompañó después no le afectaron tanto como la imagen que atisbó nada más girar el cuerpo dispuesto a irse. Tuvo que frotarse los ojos con vehemencia antes de abrir la boca para dirigirse a ella.

—Emma...

Tenía un aspecto horrible. Su ropa era descuidada, algo inusual en ella. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue su rostro. La expresión de su mirada había cambiado, distorsionando los recuerdos que conservaba de ella.

Fue entonces cuando se acercó y la miró a esos ojos apagados, sin luz, extintos, exigüos de ese precioso brillo que lo cautivó desde el primer instante que irrumpió en su vida, como un ineludible soplo de aire fresco.

Emma abrió la boca para hablar, pero prefirió guardar silencio. Aún se preguntaba cómo había dado con ella, con las señas de su antigua vivienda, con el paradero de la casa de su madre. Dios sabía que se había esmerado en ser muy cuidadosa y en no dejar cabos sueltos.

—¡No deberías estar aquí... no deberías! —Sus pupilas se dilataron, convirtiendo sus ojos grises en prácticamente negros—. ¿A qué has

venido?

Colin la miró muy fijamente antes de adueñarse de la bolsa que sostenía entre sus brazos.

—Éste no es el lugar adecuado para hablar.

—¿Y qué propones? —Negó con la cabeza, contrariada—. ¿Darme un beso y olvidar lo ocurrido? —Elevó los brazos y los dejó caer después—. Te he fallado... Os he fallado. Y no soportaría mirar hacia otra parte y volveros a fallar... no, no podría...

Suspiró tratando de contener las lágrimas, pero sus ojos eran incapaces de ocultar nada.

—Deberías odiarme... —Notó cómo se le encogía el estómago y un doloroso nudo crecía estrepitosamente en la garganta—. Puse... puse en peligro la vida de Timy... ¡Tienes derecho a odiarme...!

Colin palideció, sin dejar de pensar qué podría hacer para calmarla.

Obró casi por instinto, sin saber a dónde le conducirían sus actos. Caminó hacia ella para acortar las distancias. Sólo había una cosa que sabía a ciencia cierta: que era un pésimo conciliador, pero trataría por todos los medios de poner remedio a eso.

—Ven. —Se apropió de una de sus manos y tiró con suavidad hacia ella—. Hablemos. No te pido nada más.

Como respuesta, Emma se echó a llorar.

—No me hagas esto...

—No haré nada que no desees, te lo prometo. Pero, por favor... habla conmigo.

Colin la abrazó con fuerza, permitiendo que se desahogara mientras hundía la cara en su pecho y él acariciaba su pelo en silencio.

Más tarde, la tormenta había cesado y en su lugar una magnificente luna llena confiscaba el cielo, enmarcada en un manto de estrellas.

Colin esperó su conformidad para guiarla al interior de su coche.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar donde podamos hablar con calma.

Ésas fueron las últimas palabras en todo el trayecto hasta su llegada a Smithfield, salvo por la canción Mirror,^[6] de Lil Wayne ft. Bruno Mars, que sonaba en la emisora Shunshine 106.8.

Fuera, en la calle, al haber anochecido, la temperatura había

descendido ligeramente. Emma, tras levantar la solapa de su chaqueta, se guardó las manos en los bolsillos.

Entraron en un antiguo edificio, del cual habían reformado recientemente la fachada, y ascendieron calladamente a la segunda planta por las escaleras.

—Ya casi hemos llegado —se apresuró a decir, tentado de rodear su cuerpo con el brazo para darle calor, al ver que tiritaba, pero sin hacerlo.

Buscó las llaves y, al abrir la puerta, un pequeño apartamento cobró vida ante sus ojos.

—Adelante, por favor —le pidió tras encender la luz.

Emma dio unos pasos hasta detenerse en el centro del salón. Echó un lánguido vistazo a su alrededor. Observó la decoración, los muebles, y se dio cuenta de un aspecto: todo, incluso los más ínfimos detalles, tenían denominación propia: Colin Wilde.

—Imagino que te estarás preguntando qué hacemos aquí.

Ella se giró y, tras buscar su oscura mirada, asintió.

—Es mi antiguo apartamento, mi residencia de soltero. Viví aquí antes de nacer mi hijo Timy.

Colin revisó con nostalgia aquellas cuatro paredes.

—En cuanto le diagnosticaron el síndrome de Angelman, tuvimos que mudarnos a otro lugar que se adaptara a sus necesidades, no a las nuestras.

—A Castleknock.

—A Castleknock —repitió él tras un suspiro—. Buscamos una casa más espaciosa, con más habitaciones, y también más próxima a los servicios médicos.

Se quitó la chaqueta y le mostró la palma para pedirle la suya.

—Voy a preparar café.

Colgó ambas prendas en el perchero y se ausentó unos minutos. A su regreso, Emma seguía de pie, esperando, meditabunda. Miraba sus manos, con una expresión desolada.

—¿Te sientes incómoda? —la abordó por detrás, pretendiendo hacerla reaccionar—. No es mi intención.

Emma suspiró.

Sabía perfectamente a qué había venido e incluso por qué estaba allí. Sin embargo, ignoraba a qué trasfondo conduciría la conversación que estaba a punto de mantener.

—No me siento incómoda —mintió, esta vez esquivando su mirada.

El silbido de la cafetera sesgó aquel momento. Colin entró en la cocina y apagó el fuego. Al poco, regresó con dos tazas en una bandeja que depositó en la mesita revistero e invitó a Emma a tomar asiento a su lado en el sofá.

—Solo, ¿verdad?

—Sí —asintió.

Después de preparar los cafés, Colin siguió con la mirada sus movimientos: cómo elegía una de las tazas y cómo la mantenía entre sus manos para sentir el calor que desprendía la loza, antes de acercársela a los labios... esos mismos labios que había besado cientos de veces y que anhelaba volver a sentir en los suyos.

Emma lo vio sonreír con tristeza, hastiado. Su expresión denotaba cansancio. Dedujo que muy probablemente fuese por llevar demasiadas noches sin dormir. Conocía bien al doctor y sabía que, cuando algo lo perturbaba, podía pasar varias noches en vela, sin apenas conciliar el sueño.

Dejó la taza sobre la mesita y, tras mirarlo con el ceño fruncido, le dijo:

—Ya estoy aquí, donde me querías. —Tomó aire—. Dime lo que ronda por tu cabeza.

—Una vez me dijiste que tus ojos jamás me mentirían.

Emma lo miró confusa. No comprendía por qué había citado una de sus frases...

—Sí, jamás te mentirán.

—Entonces podrás responderme a una pregunta.

Se creó un incómodo silencio entre ambos... tenso, frío, violento.

—¿Cuánto hace que te lo diagnosticaron?

Emma abrió mucho los ojos, de igual forma que una niña pequeña a la que hubiesen pillado tras hacer una travesura. Se puso en pie de un salto y él la agarró del brazo.

—Emma, mírame.

La joven negó con la cabeza con nerviosismo.

—¡Mírame, joder! —le ordenó, esta vez plantándole cara.

—¡No...! No quiero hablar de ello...

Se soltó bruscamente y se alejó de su lado con la intención de marcharse de ese piso. Colin se levantó y fue tras ella. Al darle alcance, la

agarró del codo y la obligó a dar media vuelta.

—¿Por qué? —le preguntó él apretando los dientes—. ¿Por qué no quieres hablar de ello?

—Porque aún no me siento preparada... —susurró en voz baja.

Colin se dio cuenta en seguida de que estaba atemorizada, muerta de miedo.

—¿Por qué no confiaste en mí? ¿Por qué no me lo contaste? Hubiésemos buscado...

—¿Soluciones? —se quejó, y su expresión se volvió más seria, si cabía—. ¿Soluciones llamas tú a los tratamientos en fase experimental, a los fármacos milagrosos o, tal vez, a las terapias de apoyo? Te lo ruego, ahórrate el discurso moral y los consejos, porque, como médico, deberías saber que, hoy por hoy, no existe una cura para la retinosis pigmentaria.❖

Colin se quedó sin habla e intentó hacer un esfuerzo para fingir su sorpresa. Sin duda, era mucho más grave de lo que creyó en un primer momento. Esa enfermedad se caracterizaba por una degeneración progresiva de la estructura de la visión y, con el paso del tiempo, incluso podía llegar a producir la ceguera.

Como era de prever, la respuesta de él no se hizo esperar. Se acercó a ella acortando las distancias para dejar entre ambos cuerpos sólo unos escasos centímetros de rigor.

Acarició su cara muy despacio sin dejar de mirarla a los ojos.

—Aunque no exista cura y la enfermedad siga avanzando... jamás permitiré que te des por vencida.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sé perfectamente lo que afirmo.

—La enfermedad va a marchas forzadas...

—Eso no cambia nada, Emma.

—¿No?

—No —repuso con rotundidad.

—¿Y si... y si perdiera por completo la visión?

—No pasaría nada. —Le respondió muy serio, manteniéndose firme en sus palabras—. Lo asumiríamos y juntos buscaríamos la forma de convivir con ello, adaptándonos, amoldándonos a la nueva situación.

—¿Amoldándonos? —No pudo evitar sonreír con ironía—. ¿Hacerte cargo de tu hijo afectado por el síndrome de Angelman y de mí? ¿En solitario, sin ayuda?

—Sí.

Los ojos de ella se volvieron inseguros, incrédulos. ¿Cómo podía confiar en sus palabras si ni siquiera creía en ella misma?

Emma dio un paso atrás y luego le dio la espalda para impedir que la viera llorar mientras pronunciaba unas palabras.

—No hay batallas que ganar sin soldados valientes que se atrevan a luchar. Así me siento yo, un soldado sin agallas incapaz de enfrentarse a la realidad...

—La vida es como uno quiera que sea —le aseguró.

—No si no puedes verla...

Colin se acercó y le susurró al oído:

—Cierra los ojos.

Al principio, Emma no comprendió sus intenciones. Únicamente cuando obedeció y cerró los párpados, pudo sentir la calidez de sus labios sobre los suyos, besándola muy despacio, invadiendo poco a poco su boca, buscando su lengua, húmeda, caliente.

—Cuando cierras los ojos, todas las sensaciones se magnifican. —Su voz se volvió más ronca.

La cogió por la cintura y volvió a besarla. Lo que empezó como un beso dulce, pronto se descontroló, convirtiéndose en uno más ardiente, pasional y cargado de mucha nostalgia.

—Te he echado tanto de menos —le susurró entre beso y beso.

—Y yo... —Abrió los ojos y lo miró durante unos instantes antes de deslizar la mano al bajo de su camiseta y quitársela por la cabeza—... no te imaginas cuánto.

La prenda cayó al suelo y poco después cubrieron el parque con el resto de la ropa: los tejanos, el vestido, las medias, la ropa interior.

La tumbó en el sofá y se colocó entre sus piernas. Emma seguía con los ojos cerrados, descubriendo nuevas sensaciones. Se dejó acariciar por sus grandes y expertas manos por todas las partes de su cuerpo: el cuello, los pechos, la cintura, las nalgas. Ardió en deseo al cubrir toda su piel de besos cortos, sensuales, eróticos. Creyó morir cuando su lengua invadió su sexo sin previo aviso y sus dedos acariciaron de forma tortuosa, con movimientos circulares, su clítoris.

—Déjame quedarme a tu lado, Emma.

Colin se colocó encima de ella, penetrándola, primero despacio y después enérgicamente.

Le sujetó la cara y, sin dejar de mirarla, se atrevió a decir:

—Lo eres todo para mí... te necesito, mi vida. Lo quiero todo. Te quiero a ti.

Emma no le respondió. Enredó los dedos en su pelo y tiró de él para besarlo. Luego, volvió a cerrar los ojos y lo acompañó en el acelerado movimiento de sus embistes, uniendo sus lenguas, entrelazándolas, al tiempo que aspiraba sus gemidos. Pronto el orgasmo fue creciendo en su interior hasta explotar en forma de deliciosas descargas eléctricas por todo el cuerpo.

Colin no tardó en correrse. Cerró con fuerza los ojos y dejó escapar un ronco y sexi gruñido gutural antes de dejarse caer sobre ella, exhausto, con la respiración jadeante, tratando de recuperar paulatinamente el resuello.

—Te quiero —le confesó él.

—Muchas veces, quererme no es suficiente.

—Tal vez, pero en nuestras manos está lograr que sí lo sea.

Ella no le respondió a eso.

Aquella noche no tuvo más remedio que acompañarla a casa de su madre, a pesar de su oposición. Emma se había negado en redondo a volver con él y con Tim a Castleknock y eso, en cierta forma, le hacía sentirse un fracasado, porque, en el fondo, sabía que nada de lo que le dijera la haría cambiar de opinión.

Cuando aparcó frente a la casa, se dedicó unos instantes a observarla muy serio, como distraído, meditabundo, frunciendo los labios y sin mediar palabra. Ahora que la había encontrado, no estaba dispuesto a separarse nunca más de ella, porque, el mero hecho de pensar en su ausencia, lo atormentaba.

—No entres y vente conmigo. Vuelve a mi casa, a tu hogar.

—No puedo... —empezó a decir—... ella me necesita.

—En estos momentos, lo que ella necesita es un centro de desintoxicación y no una esclava.

—Necesita una hija... a su hija —apuntilló dolida.

—Entonces, ¿por qué te marchaste? Si no te importó abandonarla entonces, ¿por qué ahora sí?

—Eso ha sido un golpe bajo, Colin.

—La verdad es cruel en ocasiones..., pero no tanto como los errores que cometemos aun sabiendo a priori que los vamos a cometer.

—No quiero enmendar mis errores, quiero... quiero...

—¿Qué es lo que quieres, Emma?

Ella no supo qué responder.

—O... ¿qué es lo que no quieres?

De repente, unos nudillos golpearon la ventanilla del copiloto y los dos miraron en esa dirección. Era la madre de Emma, quien, cubierta únicamente con una bata de flores estampadas, vieja y mugrienta, los escudriñaba a conciencia y con cara de pocos amigos.

Cruzó la mirada con Colin y se dio cuenta de que su rostro, desdibujado en la penumbra, era, sin lugar a dudas, el del mismo tipo entrometido de antes. Él no le gustaba ni un pelo. Gruñó y lo volvió a mirar, pero esta vez de forma desafiante. No iba a permitir que un seductor de tres al cuarto camelara a su única hija.

—¡Sal del coche! —Volvió a golpear, esta vez ensañándose con más rabia. Al agacharse, el escote se abrió, dejando al descubierto unos senos flácidos que colgaban como dos uvas pasas, sumado a un famélico cuerpo que pedía a gritos meterse una buena ración de carne roja entre pecho y espalda—. ¡Venga, niña, que pronto vendrá Claus!

—Ahora mismo voy —dijo ella con un hilo de voz tras bajar un poco la ventanilla.

La mujer, que apestaba a alcohol, al quedar complacida con su respuesta se marchó por donde había venido, descalza y con pasos inseguros pero arrogantes, serpenteando sobre las piedras del jardín mientras canturreaba una nana, la misma que Emma le cantaba a Tim cada noche.

Al llegar al porche, trastabilló, llevándose por delante un macetero y estando a punto de caer. Se agarró a una viga como si nada y siguió su camino.

—He de irme —se apresuró a decir Emma.

Colin fue hábil y se anticipó, agarrándola del brazo.

—¿Quién es Claus?

—Nadie.

Se giró de nuevo, con la intención de abandonar el vehículo.

—¿Su camello?

—No es nadie, nadie.

Al final consiguió zafarse de su amarre. Salió del vehículo y empezó a caminar hacia la casa y, a medio camino, echó a correr sin mirar atrás.

Colin, una vez más, se la quedó mirando mientras se marchaba y le vinieron ganas de ir tras ella, entrar en esa maldita casa y cogerla en volandas como a una niña pequeña para alejarla cuanto antes de allí.

Sin embargo, era consciente de que, por el momento, no estaba en su mano retar al caprichoso destino; no sin armas con las que combatir.

Soledad

Viernes, 29 de julio de 2016

Los días que siguieron transcurrieron lentos y sin noticias de Emma. Lo peor de todo no fueron esos días, sino las largas noches en vela. Los eternos minutos que nunca avanzaban. Todo, absolutamente todo, se convirtió en un angustioso bucle sin fin, salvo por los recuerdos.

Los cigarrillos se habían convertido en su mejor confidente: fiel, leal, complaciente, pero, sobre todo, silencioso. Llenaban de pernicioso humo sus pulmones para luego acabar liberando toda su ansiedad.

En esas jornadas sin Emma, había tenido mucho tiempo libre para meditar. Pensar en ella, en su enfermedad y en cómo afrontarla juntos.

Y, bajo esa nube de incertidumbre y desasosiego, lo único que sacó en claro fue que la necesitaba, como el respirar. Tanto, que dolía. Mucho. Demasiado.

Sin embargo, algo en su interior le avisaba una y otra vez de que debía ser paciente y esperar. ¿A qué? Sólo el tiempo le mostraría las señales, o quizá no.

Era sábado por la mañana y, como cada sábado que libraba en el hospital, se dedicaba a arreglar el jardín. Mientras, Tim, como aún no se valía solo para caminar, se distraía con las luces y los sonidos que había incorporado a un parque de madera reforzada destinado para bebés.

Antes de que hubiera acabado de cortar el césped, el motor de una motocicleta se oyó a escasos metros, clamando su atención. Era el cartero, quien traía una carta certificada a su nombre y con matasellos de Estados

Unidos.

La abrió rápidamente y se quedó desconcertado cuando leyó el documento que contenía. En pocas palabras decía que Tim había sido seleccionado para ingresar en uno de los mejores y más prestigiosos centros médicos de Nueva York, el Hospital Memorial Sloan-Kettering.

Colin volvió a doblar la carta en silencio y luego la guardó en el sobre.

«Nueva York...»

Se quedó tan paralizado y tan abstraído que por un momento incluso creyó perder la noción del tiempo. Sus pensamientos, sin previo aviso, se habían trasladado a los amargos recuerdos que guardaba de la época en que se alojó en la Gran Manzana. Se trataba de una etapa que se había obcecado, sin éxito, en eliminar de su mente. Las malas compañías, la turbación de la vida nocturna, las adicciones, el sexo sin censura... La tentación era demasiado golosa y la enigmática oscuridad de sus noches le cegaron por completo. Y fue entonces, en ese preciso instante, cuando la realidad empezó a desdibujarse ante sus ojos, cuando todo se le fue escapando de las manos y cuando comenzó a perderse a sí mismo, antes de precipitarse al abismo.

Desesperación

East Wall Recreation Center

Emma Campbell cerró los ojos y se frotó enérgicamente la cara con las manos tras desconectar el teléfono móvil. Lo miró con recelo antes de dejarlo caer sobre la mesita de noche. Cinco mensajes sin oír en su buzón de voz, así como varias decenas de llamadas sin responder, tenían la culpa.

Desde el mismo momento en que Colin recibió la gran noticia, no había cesado en el empeño de ponerse en contacto con ella. Pero, cuanto más ahínco ponía, menos resultado conseguía. Por lo que no le quedaba más remedio que desplazarse a East Wall Recreation Center. Se presentaría allí y, aunque se viera obligado a custodiar la casa de noche y de día, al final, sería escuchado.

Tres días, ése era el plazo del cual disponía para conseguirlo. Ése era el mismo número de días que le separaban de volver a pisar de nuevo tierras neoyorquinas.

Accedió al descuidado porche de madera de pino, repleto de grietas y fisuras, y llamó al timbre. Esperó a que pasara un tiempo prudencial para persistir en el intento. Presionó el interruptor y aguardó en el sitio. No tardó mucho en oír unos pasos acercarse tras la puerta y poco después notó cómo una presencia lo observaba por la mirilla.

—Quiero ver a Emma.

Colin aporreó la madera con los nudillos, pero nadie se dignó contestar al otro lado.

—Sé que está ahí dentro y no me marcharé hasta que logre verla —

aseveró de forma dura y contundente. Su voz grave y dictatorial no dejaba lugar a dudas, pretendía consumir sus advertencias a pies juntillas.

De nuevo, el silencio... y después el crujir de la madera bajo unos pies desnudos mientras se alejaban.

—¡Emma! ¡¡Emma!!! —vociferó y, sin importarle lo más mínimo, empezó a golpear la puerta con saña, con tanta violencia que, si continuaba sacudiéndola de esa forma, era muy probable que se desplomara en cuestión de minutos, viniéndose abajo.

A medida que pasaban los segundos, su paciencia comenzaba a agotarse.

—¡¡Emma!!! —la llamó de nuevo entre gritos y más golpes—. ¡¡Abre la jodida puerta!!

De repente, un sonido molesto inundó las calles del vecindario.

Colin deslizó la mirada hacia allí. Al parecer, era un coche patrulla; de él salieron dos agentes, uno uniformado y el otro vestido de paisano. Se acercaron a él con cara de pocos amigos y después se colocaron estratégicamente uno a cada lado.

—¿Vive aquí, señor?

—No —pronunció con la mirada fija en él—. Soy un amigo.

—Comprendo. —Lo escudriñó de arriba abajo—. Alguien ha llamado a la comisaría, dando la voz de alarma de que un maniaco perturbado estaba amenazando de muerte a los habitantes de esta casa.

—¿Qué?! —Arrugó el ceño y soltó una carcajada nerviosa.

—Al haber denuncia, debo pedirle amablemente que nos acompañe a comisaría.

—Disculpen, pero creo que están cometiendo un grave error...

—Si es tal como dice, no se preocupe, lo aclararemos allí. —Le mostró el camino con un gesto de la mano para cederle el paso.

Colin abrió la boca para protestar; sin embargo, en el último momento pensó que lo mejor en esos casos era obedecer. En cuanto los ánimos se hubiesen calmado, regresaría allí. Para entonces, ya habría ideado la manera de volver a ver a Emma.

Horas más tarde, regresó con la intención de hacer guardia frente a su casa. Había decidido no desistir en su empeño hasta lograr ver a Emma y hablar con ella. Porque confiaba en que, en un momento u otro, saldría a

la calle y él estaría allí preparado para abordarla cuando ese hecho se produjera.

Lo había dispuesto todo meticulosamente. Se aprovisionó de alimentos, agua y una manta para guarecerse del frío por la noche. Buscó una buena novela negra para matar el aburrimiento y dedicó parte del tiempo a actualizar la lista de reproducción de su iPod. Ésta incluía alguno de los títulos que ella misma le había recomendado hacía apenas unos días, entre ellos *Ordinary Love*,^[7] de U2, o *Yellow*,^[8] de Coldplay.

Pasaban unos minutos de las diez de la noche, momento en que aprovechó para cerrar el libro por la página doscientos tres, llevarse un cigarrillo a los labios y encenderlo mientras salía al exterior para estirar las piernas.

No dejó de dar largas caladas hasta que no quedó más que el filtro entre sus dedos. Luego apoyó la espalda en la carrocería del coche y, sin quitar el ojo a la casa, sacó de la cajetilla otro cigarrillo. Fue en ese instante cuando vislumbró la forma de una silueta difuminada acercarse a uno de los grandes ventanales, retirar ligeramente la cortina y mirar a través de los cristales.

Cuando descubrió que se trataba de Emma y no de su madre, su corazón le propinó una fuerte sacudida y después comenzó a latirle desbocado.

Se quedó mirándola, absorto y con una expresión inescrutable... incapaz de desviar la mirada a otra parte, manteniendo el cigarrillo entre los labios, a punto de desprenderse.

No podía negar que estaba preciosa con el pelo recogido en un moño despeinado, permitiendo que los mechones sueltos enmarcaran con delicada sensualidad su bello rostro. Ella miraba al cielo. Parecía contemplar la luna y las estrellas, que brillaban a lo alto, sin percatarse de que alguien la observaba desde la distancia.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad, pues Colin sabía perfectamente que eso era imposible, ya que uno de los principales síntomas de la enfermedad era la disminución de la agudeza visual, la cual le provocaba al enfermo una notable ceguera nocturna.

Un instante después, Emma desapareció entre los visillos rosáceos de la cortina ante las impotentes intenciones de él.

Tragó saliva, con impaciencia. ¿Debía irse o quedarse? ¿Era una idea acertada volver a intentar verla o quizá era mejor permanecer en guardia?

Mientras se enfrentaba al dilema, su móvil vibró en el interior de uno de los bolsillos de la cazadora de cuero.

—Wilde.

—Joder, eso ha sonado demasiado profesional, amigo. Y, que yo sepa, no estás de guardia en el hospital.

Colin esbozó una fugaz sonrisa y se pasó la mano por la nuca, intentando relajarse en la medida de lo posible.

—Perdona, Liam. Estoy un poco cansado. —Suspiró con pesadez antes de encender el segundo cigarrillo de la noche—. ¿Cómo está Timy?

—Dormido.

—¿Os ha dado guerra?

—En absoluto. Timy es un niño ejemplar. Bridget le ha cantado una nana, tal y como nos explicaste, y a los pocos minutos ha caído rendido.

Colin se sintió tremendamente orgulloso de su pequeño, quien no solía aceptar bien los cambios de rutina. No cabía duda de que era todo un luchador: un pequeño gran luchador.

Despertar

Sábado, 30 de julio de 2016

Emma se despertó a primera hora de la mañana, como venía siendo costumbre. De un tiempo a esta parte, no lograba dormir más de seis horas seguidas, en intervalos de no más de dos horas. Pero, desde hacía varios días, el número se había reducido a la mitad.

Cerró la bolsa de basura con un par de nudos y después anunció a su madre que iba a salir a la calle, sin presagiar la sorpresa que le aguardaba en el exterior.

Colin, ajeno a lo que ocurría a su alrededor, dormitaba en el interior de su monovolumen. Tras permanecer en vela hasta las cinco de la madrugada, se sumergió, sin poder evitarlo, en un sueño profundo.

En el mismo momento en que oyó un extraño ruido, sus ojos del color del café se abrieron de par en par. Se sobresaltó, oteando de lado a lado hasta descubrir la causa de tanto alboroto: Emma. La joven acababa de lanzar la bolsa al interior de un contener de basura situado a sólo unos metros de distancia.

Colin, al darse cuenta de que iba de regreso a su casa, bajó del coche a toda prisa y echó a correr tras ella.

—¡Emma!

Se detuvo en seco al reconocer la voz de Colin tras de sí. Se giró y le bastaron sólo unos segundos para fijarse en su aspecto: en las arrugas de su ropa, en su pelo negro revuelto y en la incipiente barba que ensombrecía su mandíbula y parte de su barbilla.

—¿Has pasado la noche en la calle?

—Era la única forma de verte —se defendió, guardando las manos en

los bolsillos con incomodidad.

—¿Para qué? —Inspiró hondo con resignación—. ¿De qué servirá?

—Servirá para que, de una vez por todas, te des cuenta de que me importas, que quiero estar contigo y que no pienso darme por vencido.

Ella negó con la cabeza.

—No te engañes a ti mismo, Colin.

—¿Engañarme? —Arqueó los labios en forma de sutil sonrisa antes de atreverse a dar un paso al frente y acariciarle con suavidad las contorneadas y sensuales formas de sus mejillas—. Te aseguro que jamás he estado más seguro de algo en toda mi vida.

Ella, sin recato, rechazó su mano, apartándola de golpe de su cara, para impugnar de inmediato su firme declaración.

—¿Y qué pasará cuando me quede ciega y no puedas afrontar mi día a día? ¿Qué ocurrirá cuando ya no pueda valerme por mí misma? ¿Seguirás queriendo estar a mi lado? Lo siento, pero me es imposible creerte.

—Deja de infravalorar mis buenas intenciones a cada momento.

—No lo hago. Lo que pretendo es quitarte cuanto antes la venda que tienes en los ojos.

—Sigues sin entenderlo... —Colin negó con la cabeza con desaliento—. ¿Por qué eres incapaz de dejar de pensar en un futuro incierto y, por el contrario, te regalas un presente?

—Porque... sencillamente, no puedo.

—Sí puedes, Emma. —Cogió aire y la miró profundamente a los ojos—. Yo te ayudaré a conseguirlo.

Emma desvió un solo instante la mirada a sus temblorosas manos antes de levantar los ojos hacia él y perderse de nuevo en sus oscuros ojos.

—Necesito renunciar a ti para poder empezar a olvidarte antes de que mi corazón se niegue a hacerlo. —Pronunció esas últimas palabras con fingida decisión.

—Nadie tiene que renunciar a nadie. Yo no quiero renunciar a ti. Me niego siquiera a que tú te lo plantees.

—No se trata de una opción, Colin, sino de mi decisión. Sólo yo soy dueña de decidir sobre mi vida y cómo quiero vivirla. No puedes obligarme a quererte...

Un violento y atroz silencio los castigó sin indulgencia a los

dos. La honestidad con la que había pronunciado esas palabras dejaron al doctor falto de otras. Después, tras varios segundos interminables, murmuró con los hombros ligeramente caídos.

—Tienes razón, Emma. No puedo retenerte a mi lado. —Hizo una pausa—. Lo único que sé es que te quiero. Te amo con todo mi ser... ésa es mi única verdad —sentenció con la voz resquebrajada—. Estaba dispuesto a demostrártelo cada día de mi vida, pero es cierto... no puedo obligarte a quererme.

Hubo un nuevo silencio, quizá aún más prolongado que el anterior.

Colin respiró hondo con dificultad. Hablar de sus sentimientos siempre había sido un hándicap en su vida. Tragó saliva con resquemor y soltó el aire lentamente.

—Nunca me ha importado el mañana y creí que a ti tampoco. Carpe diem, ¿recuerdas? Vivir el momento.

»Aún me pregunto en qué momento perdiste la fe y, mientras eso ocurría, ¿dónde estaba yo? —pronunció con angustia, siendo plenamente consciente de que era su última baza. Su última jugada—. Regreso a Estados Unidos.

Ella lo miraba sin decir nada, aguantando las ganas de llorar. No podía articular nada. Sólo sus ojos fueron capaces de hablar por ella. Su mirada gris trató de despedirse a su manera, entre silencios, porque su boca era incapaz de despedirse con palabras.

—Ya no tengo miedo, Emma. Por fin he dejado de huir y de estar anclado en el pasado.

Dio un paso al frente, acortando las distancias.

—Había venido a buscarte para llevarte conmigo. Quería empezar una nueva vida, juntos. Los tres: Timy, tú y yo. Nuestra vida, tuya y mía. Porque lo único que quiero y deseo... es que mi vida gire en torno a ti.

—Colin...

La mano derecha de él se acercó a su mejilla, enmarcando en una dulce caricia su rostro.

—Por favor... —suplicó ella cerrando momentáneamente los ojos— ... no lo hagas. No me hagas esto...

—Aún recuerdo el sabor de tus besos... el olor de tu piel, de tu pelo... Si cierro los ojos puedo sentirte gemir en mi boca cada vez que te hacía el amor.

Inclinándose, Colin la cogió de la nuca, acercándola a él muy

despacio. Permaneció unos instantes a escasos centímetros de su boca antes de fundir sus labios en los de ella. Le acarició la cara mientras la besaba, con suavidad, dibujando con la yema de los dedos sus preciosos rasgos.

Le costó mucho separarse de ella y, cuando pudo hacerlo, aún con la respiración entrecortada, la miró a los ojos bajo una brillante estela de esperanza.

—Te quiero, Emma. Y no quiero irme sin ti.

Colin le entregó en mano un sobre. Su interior contenía un billete de ida con destino Nueva York.

—Estos dos días antes de irme, me mantendré alejado de ti.

Ella lo miraba apenas sin respirar, incapaz de hablar.

—Prométeme que lo pensarás.

Minutos más tarde, Colin subió al coche y se marchó.

Emma sintió que le faltaba el aire. Necesitaba estar sola y desahogarse. Llorar hasta decir basta. O hasta que, de una vez por todas, dejara de dolerle ese angustioso sentimiento de culpa que le oprimía con fuerza el pecho. Sin embargo, la única culpable de todo aquel dolor no era otra que la propia cobardía, el mismo sentimiento que la perseguía desde hacía años. El único que la obligaba a darle la espalda a la vida sin siquiera pretender enfrentarse a los problemas.

Había permitido que Colin se marchara sin conocer la verdad. Estaba perdidamente enamorada de ese hombre, como jamás lo había estado de nadie. Sin embargo, reconocerlo aún la asustaba más.

Se secó las lágrimas y echó a correr. Entró en la casa y subió las escaleras a toda prisa para encerrarse en su habitación bajo llave. Necesitaba tumbarse en la cama, cubrirse con las sábanas y seguir llorando para aislarse cuanto antes del mundo, sin importarle en absoluto que éste, a pesar de todo, siguiera girando ajeno a su alrededor, sin detenerse.

Nueva York

Quinta Avenida, Manhattan
Seis meses después

Abro los ojos y admiro boquiabierto los grandes gigantes que se alzan ante mí. Había oído muchísimas cosas sobre la ciudad, sobre las edificaciones, sobre la iluminación, sobre la diversidad de sonidos y sobre el increíble mestizaje de su gente. Pero nada es comparable, nada. Manhattan tiene vida propia.

Acomodo la cabeza en el respaldo y suspiro. Al poco, cierro los ojos despacio, dejando que mi mente merodee por los recuerdos, dándome cuenta de que ya han transcurrido seis meses desde que Colin dejó Irlanda. Seis meses sin noticias tuyas y seis meses sin dejar de acordarme de él ni un solo día.

—¿En qué piensas?

Ladeo la cabeza para buscar la mirada de mi madre. Tardo unos segundos en centrar el campo visual, debido al efecto de visión túnel que sufren mis retinas por culpa de la enfermedad.

—Nada, no pensaba en nada —le miento y después finjo una sonrisa.

Me devuelve la sonrisa y, a pesar de no creer una palabra de lo que le digo, no insiste. No quiero preocuparla más de lo necesario, ya que cualquier contratiempo podría mermar su frágil estabilidad emocional y hacerla recaer de nuevo.

Tras la marcha de Colin, quise reconducir mi vida: abordar el gran problema que tenía mi madre con las adicciones y luchar con uñas y dientes para sacarla de ese infierno.

No ha sido fácil, para qué negarlo, sobre todo al principio. Pero era

algo que debía hacer. Por otro lado, mi enfermedad cada día toma más la delantera y en muy poco tiempo ha avanzado a marchas forzadas. Al parecer, ha sabido encontrar un atajo y se niega a concederme más treguas.

Pronto, nos veremos obligadas a cambiar las tornas. Dentro de poco, no podré cuidar de mí misma y deberá ser ella la que lo haga por mí. Y, para cuando eso ocurra, debe estar preparada.

No tengo miedo, ya no. Hace un tiempo que por fin lo asumí. Abrí los ojos y me di cuenta de que de nada sirve vivir la vida si no se hace intensamente a cada segundo.

Y en parte se lo debo a él, a Colin. Porque, en cierta forma, me enseñó que la vida es un maravilloso regalo; un legado. Que está para experimentarla, para devorarla, para disfrutarla con todos los sentidos, ya sean unas horas, unos días o una eternidad...

El taxista se detiene frente a The Jewel Facing Rockefeller Center, un hotel situado en la 51 Oeste, en la zona de Midtown. Tengo reservadas un par de habitaciones individuales. Pensé que sería lo más apropiado, así cada una puede gozar con toda libertad de su propia intimidad.

—Si me necesitas, estaré en la 314, justo la habitación contigua.

—No te preocupes, Emma. Sabré arreglármelas, ¿y tú?

—¿Yo? —Me señala y finjo estar asombrada mientras me aguanto la risa—. Estaré de película.

No tardo en desaparecer cuando ella abre el grifo y empieza a desvestirse mientras espera a que se llene la bañera.

Lo primero que hago al pisar el enmoquetado suelo de mi habitación es dejar la maleta en un rincón y realizar mi habitual ritual: abrir todas las luces, persianas y cortinas. Necesito la claridad del sol como el respirar. Los lugares poco luminosos acentúan los síntomas de la retinosis pigmentaria, manifestándome una notable ceguera nocturna.

Un ratito después, cuando ya me he aclimatado al lugar, me descalzo y me dejo caer sobre la cama. Las interminables horas de vuelo y los traslados en taxi han conseguido agotarme, así que cierro los ojos con la intención de dormir para descansar, cuando inevitablemente mis pensamientos recorren sin previo aviso mi mente. De nuevo, vuelvo a pensar en él. ¿Qué habrá sido de su vida? ¿Seguirá viviendo en Manhattan?

¿Cómo estará el pequeño Timy?

Busco el teléfono tentada por oír de nuevo su voz, pero, cuando localizo su número en la agenda, mi corazón comienza a latir desbocado al darme cuenta de que ha transcurrido demasiado tiempo. Niego con la cabeza. No puedo aparecer de la nada e inmiscuirme en su vida. Fui yo la que renuncié a él, por lo que comprendería que hubiese rehecho su vida.

Seis meses... es demasiado tiempo...

A media tarde, mi madre me despierta con la intención de pasear y probar un perrito caliente en uno de los millares de puestos ambulantes que pueblan las calles. Alega tener un hambre de lobos y yo la creo. Desde que ha dejado las drogas, su metabolismo ha dado un giro de ciento ochenta grados. Se alimenta como es debido y ha recuperado peso, aunque aún está muy por debajo del ideal. Me siento muy orgullosa de ella, de lo que ha conseguido en muy poco tiempo. Y, sobre todo, de ver algo en ella que hacía mucho tiempo que echaba de menos: verla sonreír.

Además, ninguna de las dos habíamos pisado jamás, hasta ahora, otro suelo que no fuera el irlandés, por lo que me parece una idea bastante atractiva.

—Vale. Pero invito yo —aclaro antes de salir por la puerta.

Recorremos la Quinta Avenida mientras damos mordiscos al pan y observamos embelesadas los escaparates de las grandes firmas de ropa de alta costura y de joyerías como Dior o Escada.

Varias gotas anuncian que en breve se pondrá a llover y no llevamos paraguas.

—No me apetece volver tan pronto al hotel —rezonga mirando al cielo.

—¿Y qué propones, mamá?

—Ahora lo verás.

Se dirige al pie de la calzada y pega un silbido, uno de esos que hace que se gire media avenida y que se detengan un par de taxis a la vez.

—Sube.

Ni siquiera pregunto. Obedezco como cuando era pequeña, abro la puerta y me acomodo en la parte trasera. En cuanto el taxi se adentra de nuevo en el tránsito, oigo cómo ella le proporciona las señas del MoMa, el Museo de Arte Moderno.

Me quedo pensativa y supongo que mi cara cambia por completo. Ella es conocedora de mi pasión por la pintura desde que tengo uso de

razón.

Suspiro con pesar al recordar que hace meses que soy incapaz de coger un simple pincel y plasmar nada en un lienzo en blanco.

—¿A un museo?

—¿Por qué no, Emma? —insiste con una leve sonrisa en los labios.

Al ver que no respondo, me coge una mano. Pestañeo. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que rozó mi piel.

—Mira, Emma. Sé que no puedo recuperar el tiempo perdido, pero, en cambio, sí puedo regalarte momentos nuevos que sólo nos pertenezcan a nosotras.

Con esa confesión me deja completamente descolocada. Hacía tantos años que había perdido a mi madre que ya ni siquiera recordaba cómo era el sentimiento de tener una. No puedo responder a eso, simplemente acomodo mi cabeza en su pecho como si fuese un bebé y cierro los ojos.

La había echado tanto de menos... tanto que casi lo había olvidado.

Nunca imaginé que pudiera sentir tantas sensaciones distintas en tan poco espacio de tiempo. El MoMa está considerado como uno de los santuarios del arte moderno y contemporáneo del mundo; compruebo embelesada que alberga una de las mejores colecciones de obras maestras; piezas tales como *La noche estrellada*, de Van Gogh, *La persistencia de la memoria*, de Salvador Dalí, e incluso uno de mis favoritos, *Las señoritas de Avignon*, de Pablo Picasso.

—Emma, aún te queda una sala por ver.

—Creo que no, mamá. —Miro el folleto informativo y compruebo que no nos hemos olvidado ninguna.

—Tú hazme caso. —Me guiña un ojo y yo la miro ceñuda, sin comprender.

Mientras ella avanza, me quedo quieta en mi sitio, observando cómo se marcha hacia una de las puertas del fondo del pasillo y la abre. Antes de perder su rastro al entrar al interior, se gira y me sonrío.

Pestañeo obnubilada. ¿A qué está jugando?

Hay unos instantes previos en que divago, decidiendo qué hacer. No dejo de darle vueltas a la cabeza... Esa sala no forma parte del itinerario. Sin embargo, la sigo. No sé por qué, quizá porque la curiosidad me carcome. Necesito averiguar qué se esconde tras esa puerta.

Cuando acabo de abrirla, la maravillosa balada Hello,^[9] de Adele, se filtra en mis sentidos. Entro y me quedo completamente atónita. Jamás había imaginado que algo semejante me hiciera estremecer de pies a cabeza. Camino arrastrando la suela de los zapatos porque soy incapaz de doblar las rodillas. No es posible, eso no puede estar ocurriendo. Me cubro la boca con las manos al borde de romper a llorar.

—Están todos... —sollozo mirando a mi alrededor.

—Todos, mi niña.

Todo mi cuerpo tiembla sin dar crédito a lo que ven mis ojos, sorprendidos testigos. Cientos de dibujos cubren las paredes, los muebles, cada rincón. Son mis esbozos, mis dibujos y mis lienzos. Todos los que he pintando desde que no era más que una niña hasta los últimos, cuando mi enfermedad poco a poco me ha obligado a renunciar. En ellos están plasmadas todas mis esperanzas, mis miedos, mis ilusiones... Retratados en ellos están todas las personas que han formado parte de mi vida...

—Es tu sueño, Emma: ver tus cuadros expuestos en uno de los mejores museos del mundo.

¡Dios mío! Esa voz...

Levanto la vista de golpe y giro la cara, encontrándome con los ojos de alguien que no espero.

—Colin... —digo entrecortadamente, conteniendo la respiración.

Su mirada es brillante, penetrante, tal y como la recordaba. Se le nota tranquilo, seguro de sí mismo, como si no se sorprendiera de verme, como si hubiese estado esperando seis meses a que se produjera este encuentro.

—Siento haberte traído aquí engañada, cruzar el Atlántico —empieza a decir—. Siento no haber estado todos estos meses contigo. Lamento no haber estado a la altura en muchas ocasiones y siento no haberte demostrado mi amor todos los días como te prometí.

Da un paso más hacia mí.

—Pero lo que no siento es que irrumpieras en mi vida, poniéndola patas arriba. No lamento ni uno solo de los segundos que pasé a tu lado. No siento haber pasado las noches en vela observándote mientras dormías. No lamento haber abierto la puerta del cuarto de baño para espiarte y admirar tu belleza mientras te bañabas. No lamento cada palabra que te dije, ni cada susurro al oído, ni cada caricia en tu piel, ni cada beso robado...

»Sé que no puedo prometerte un cuento de hadas, porque ni yo mismo creo en ellos. Sé perfectamente que tampoco puedo prometerte una vida de ensueño, porque tampoco quiero encarcelarte en una burbuja imaginaria.

»Quiero regalarme una vida y quiero que la vivas conmigo. Quiero hacerte feliz, verte sonreír. Mimarte, amarte, protegerte... cuidarte.

»Porque creo en nosotros, porque creo en nuestro amor. Porque creo en ti y creo en mí. Y porque, sí, querernos como nos queremos, debería bastar, Emma.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos. Yo con lágrimas en los ojos y él observándome con devoción. Soy capaz de sentir el calor de su mirada devorándome entera, despertando en mí de nuevo el deseo.

Camino hacia él, decidida, sin detenerme y, antes de darle tiempo a reaccionar, atrapo su boca con la mía. Con fervor, con posesión. Y, como por arte de magia, todo a nuestro alrededor deja de existir.

Sólo estamos él y yo. Nadie más, nada más...

—Te quiero —susurra en mis labios en un tono casi inaudible.

¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo no me di cuenta antes? Por fin me siento completa. Él es la pieza que faltaba en mi vida.

—Y yo a ti —logro decir. Y al pronunciarlo, deja de besarme para buscar mi mirada—. ¿Qué ocurre?

Por alguna razón, no me responde, pero en cambio puedo percibir en sus ojos el temor teñido de cierta incredulidad.

—Mírame. —Le sostengo la cara entre mis manos. Lo miro y me doy cuenta de que sus ojos oscuros brillan—. Una vez te dije... que mis ojos jamás te mentarían.

—Lo recuerdo.

Suspiro hondo.

—¿Y qué te están diciendo ahora?

Veo cómo curva sus sensuales labios en una sonrisa algo canalla antes de hablar.

—Me dicen que estás aterrada, pero que necesitas intentarlo. Que estás cansada de refugiarte en una coraza que no te deja vivir la vida como te gustaría y... que me quieres con locura.

Su mano acaricia mi rostro sin dejar de mirarme.

—Te amo y jamás dejaré de hacerlo.

Quiero contestar a eso, Dios sabe que quiero, pero no puedo. Me atrapa el rostro con sus cálidas manos y me besa como nunca antes lo había hecho... deslizándose enfermizamente sus labios entre los míos, besándonos como locos, gimiendo, devorándonos, como si no hubiese estado con una mujer en mucho tiempo, y tal vez sea cierto.

Nos acariciamos la cara, el pelo, el cuello, y después nos miramos en silencio largo rato.

—¿Cómo has preparado todo esto?

Observo a mi alrededor aún perpleja.

—Las sorpresas no se desvelan.

Se inclina para besarme en la frente y después mira a mi madre.

—Sólo te diré que he tenido suerte porque he podido contar con la ayuda de alguien muy especial. Alguien que había estado guardando todos tus dibujos desde que no eras más que una niña. Alguien que había tomado un rumbo equivocado y que se muere por recuperar el tiempo con su hija.

Me giro para buscar los ojos de ella y me doy cuenta de que sonrío con tristeza. Sin decir nada, camino hacia mi madre y la estrecho entre mis brazos. Respiro hondo y ella se echa a llorar. La mezo, la acaricio y espero a que se desahogue para decirle que todo va a salir bien, que no la culpo de nada y que la quiero con toda mi alma.

Se seca las lágrimas con un pañuelo, me regala una sonrisa más serena y se ausenta del lugar, dejándonos a solas.

—Te adora, Emma —dice él escuetamente.

—Lo sé. Y yo a ella.

Una sonrisa se dibuja en sus labios, instantes antes de dejarme boquiabierto al hacerme una proposición que no espero...

—Quédate conmigo, Emma.

No sé responderle en ese instante porque quizá espero el momento adecuado para hacerlo. Y lo hago al anochecer, entre las sábanas de su cama, acurrucada en su pecho, después de hacer el amor con él. Después de besarlo, de acariciarlo, de sentir cada poro de su piel... Después de tantos meses al fin decido que quiero ser feliz. Deseo una vida juntos, los dos, para siempre o el tiempo que sea, eso ya no es importante. Porque anhelo vivir el momento y quiero hacerlo a su lado...

—Sí —le susurro mientras acaricio con la yema de los dedos el escaso vello rizado de su torso.

Me sujeta la barbilla y me observa con los ojos entrecerrados.

—Sí, ¿qué?

Nos miramos y, aunque la habitación está casi en penumbras y las cortinas echadas, puedo ver un fugaz atisbo de esperanza en su mirada. Tal vez porque sabe a qué me estoy refiriendo, quizá porque desea que mi respuesta a su propuesta sea ese sí.

Frunce el ceño antes de incorporarse para tumbarse a mi lado y mirarme a la cara. Se pone muy serio, aguantando la respiración al tiempo que adopta ese sexi gesto que tanto me hace perder la cabeza.

—Sí —asiento, apartándole unos mechones de la frente instantes antes de inclinarme sobre su boca para besarlo—. Sí. —Gimo en sus labios—. Me quedo contigo.

Le oigo respirar hondo y luego soltar el aire lentamente, como si se hubiera desprendido de una enorme losa que le oprimiese el pecho.

—Te hubiera esperado toda mi vida si hubiese sido necesario —me dice, y me siento desfallecer.

Y nos besamos con necesidad y con deseo, entre jadeos. De igual forma que si el mundo fuese a acabar justo al amanecer...

Epílogo

*Torre de O'Brien, los acantilados de Moher
Irlanda, meses después*

Intento prestar atención a las palabras que pronuncia el sacerdote, pero lo cierto es que me es del todo imposible. No puedo dejar de mirarla a los ojos, a esos preciosos ojos grises que me contemplan brillantes, expectantes... los mismos que me hechizaron en el preciso instante en que se cruzó en mi camino.

Emma, sólo ella es capaz de seguir hipnotizándome día tras día con su majestuosa belleza. La única que consigue hacerme perder la cordura con el leve roce de sus labios sobre los míos. Confieso que nadie, jamás, había conseguido abrumarme de esa forma... nadie.

Aún recuerdo la expresión de su rostro al pedirle que se casara conmigo. Era una mezcla de congoja y esperanza, de temor y sorpresa. «¿Lo has pensado bien?», me preguntó con los ojos muy abiertos sin acabar de dar crédito, y yo no pude evitar obsequiarla con una sonrisa ladeada mientras atrapaba su cara entre mis manos para reconocerle que únicamente había tenido dos cosas claras en toda mi vida. La primera, luchar contra viento y marea por la felicidad de mi hijo hasta el fin de mis días, y la segunda, compartir el resto de mi vida con ella.

Hoy me uniré a Emma para siempre, bajo el anaranjado sol del atardecer fusionándose con el negro de la piedra caliza, de pizarra y arenisca, el intenso azul del mar y el fascinante verde de las praderas. Y, entre las onduladas formas de los acantilados de Moher, en el punto más alto, a 214 metros, un paraíso terrenal: la Torre O'Brien.

Sólo dos testigos: mi amigo Liam y Keira, la madre de Emma. Son los únicos que hemos decidido que formen parte de nuestra unión. Y luego está mi pequeño Timy, observándonos, sentado en su silla de ruedas

mientras sostiene con sus manitas las alianzas.

Si hay algo que he aprendido de las malas experiencias es que hay que vivir el presente, sin importar el mañana, intensamente, como si temieras que pudiese escapársete de entre los dedos...

La miro y sé que, al final, he encontrado mi destino y que, gracias a ella, al fin puedo decir que me he encontrado a mí mismo.

Sant James's Hospital, Irlanda
Tres años más tarde

Sigo tumbado en una de las literas, solo en la habitación y con la mirada perdida al techo. Cuento las horas que me quedan de guardia en el hospital y que me obligan a estar separado de ella.

Sé que, cuando despierte por la mañana, no podré estar a su lado, como de costumbre. Ni podré acariciar su mejilla ni robarle un beso deseándole los buenos días. Sin embargo, hoy, en lugar de eso, amanecerá junto a un lirio malva sobre la almohada, el iPod con una de las canciones que mejor describe cómo me siento cuando estoy con ella, [Alive](#),^[10] de Sia, y una nota manuscrita:

Mi vida, hoy tal vez no sea un día distinto a cualquier otro. Quizá no consigamos hacerlo especial. Puede que el destino hoy no nos sonría. Pero todo dependerá del sentido que le queramos dar.

Hoy se cumplen tres años desde que Emma Campbell, ese alguien inesperado, irrumpió en mi vida sin previo aviso. Mil noventa y cinco días descubriéndonos mutuamente, aprendiendo el uno del otro, amándonos con locura... Ese alguien inesperado que sigue iluminando todos y cada uno de los segundos de mi existencia... inundándonos de magia, de color, de ternura, de pasión... de amor.

Sé que jamás podré recompensarte por todo lo que haces por mí. También sé que nunca llegaré a merecerte. Pero te prometo una cosa, mi vida: que, si en uno de los amaneceres que nos quedan por ver, la luz de tus ojos se apaga... yo seguiré a tu lado, guiándote, cuidando de ti, demostrándote a cada instante que te quiero, que eres mi vida, mi razón para seguir luchando, mi completa locura, mi compañera de viaje, mi ferviente amante y... que jamás dejaré de recordarte que, nuestro amor, sí es suficiente.

Porque te amo, Emma Campbell, con todo mi ser... ahora, mañana y siempre.
Colin Wilde.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a todas mis *lokas*, por darme siempre todo el cariño y el apoyo necesarios para seguir adelante. Gracias por formar parte de mi día a día y por acompañarme en esta bendita *lokura*.

A Ana Silva, por ser más que una amiga y por estar siempre a mi lado.

A las blogueras y grupos de lectura, por dedicarme parte de su tiempo.

A mi editora, Esther Escoriza, por seguir creyendo en mí, aunque suene a tópico. Gracias por todos los momentos vividos y los que nos quedan por compartir.

A mi hijo, con toda mi alma. Por ser mi vida y mi razón de existir. Por ti, cariño.

¡Gracias infinitas, de todo corazón, por hacer de mi sueño una hermosa realidad!

No te pierdas la cuarta y última entrega de la saga «Loca seducción»: *Loca seducción (orígenes de Otoño en Manhattan)*.

Prólogo

Tras leer por última vez la inscripción grabada en la alianza de platino, la lanzo con rabia al fondo del cubo de la basura y después me dejo caer sin fuerzas a lo largo de la cama.

Miro al blanco e insulso techo de mi habitación y respiro hondo con gran pesar...

Sin previo aviso, imágenes desordenadas de mi prometida Érika y de mi hermano Iván pasan en tropel ante mis entumecidos ojos...

Y, sin embargo, no hago más que sentirme un completo estúpido por seguir preguntándome cómo es posible que toda mi jodida existencia pueda cambiar en sólo una fracción de segundo...

Traición.

Ésa es la única palabra que perfora mi alma sin remisión...
Traición...

Febrero de 2009

Cerca de la calle Montalbán, Madrid

Meses antes

—¡No me jodas, Adam...!

Gabriel Gómez abrió mucho los ojos y se pegó más el auricular a la oreja. Era incapaz de dar crédito.

—Vamos, tío, no me vaciles de buena mañana. —Soltó una ronca carcajada dando por hecho que no se trataba más que de otra de sus habituales bromas.

—Ya sé que cuesta creerlo, y más viniendo de un completo impresentable como soy yo —se jactó de sí mismo y después trató de defender lo indefendible, sin demasiado éxito. Su fama de erudito en el

arte del engaño lo precedía de igual forma que lo hacía la noche al día— , pero... si tuvieras entre tus manos lo mismo que tengo yo en estos momentos...

—¿Qué coño es lo que tienes?

Los labios de Adam se ensancharon hasta formar una sonrisa traviesa.

—Tú procura reunir lo antes posible a toda la banda en el local, que yo ya estoy volando hacia allí.

Gabriel echó un rápido vistazo al reloj de sobremesa. Faltaban escasos minutos para ser mediodía.

—A estas horas, Andrés y Víctor estarán currando en la fábrica.

—Pues envíales un mensaje al móvil y que se inventen cualquier jodida excusa: gripe aviar, herpes genital, una enfermedad potencialmente contagiosa... ¡Qué sé yo!

Adam releyó las dos primeras líneas del contrato que sostenía con firmeza entre sus dedos.

—Te aseguro que, ser los putos teloneros de «Curiosa la cara de tu padre», de Melendi, no pasa todos los días... Ya puedes ir preparando las maletas. ¡Nos vamos de gira!

Biografía

Nací en Barcelona hace cuarenta y un años. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión aunque escritora de vocación.

Soy madre de un precioso niño de 8 años, Aleix, a quien dedico en cuerpo y alma mi vida y mi obra.

A principios de 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga «Loca seducción». Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en mi gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean a través de mis relatos.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<http://laslokasdeevapvalencia.com>

<http://www.evapvalencia.blogspot.com.es>

<http://evayaleix.wix.com/evapvalencia>

<https://www.facebook.com/evamaria.pilarvalencia>

Notas

[1]. Alicia en el país de las maravillas, *escrito por Lewis Carroll en 1865. (N. de la E.)*

[2]. *Photograph*, Atlantic Records UK, interpretado por Ed Sheeran. (N. de la E.)

[3]. *Too Ra Loo Ra Loo Ral (That's an Irish Lullaby)*, compuesta en 1913 por James Royce Shannon. (N. de la E.)

[4]. *Shake It Off*, © 2014 Big Machine Records, LLC., interpretada por Taylor Swift. (N. de la E.)

[5]. *Can't feel my face*, © 2015 *The Weeknd XO, Inc.*, interpretada por *The Weeknd* (N. de la E.)

[6]. *Mirror*, KillerApe Records, interpretada por Lil Wayne ft. Bruno Mars. (N. de la E.)

[7]. *Ordinary Love*, Universal Music Spain, SL, interpretado por U2. (N. de la E.)

[8]. *Yellow*, © 2000 Parlophone Records Ltd, a Warner Music Group Company, interpretado por Coldplay. (N. de la E.)

[9]. *Hello, XL* © 2015 *XL Recordings Limited*, interpretada por Adele. (N. de la E.)

[10]. *Alive*, Monkey Puzzle Records/RCA Records, interpretado por Sia. (N. de la E.)

Alguien inesperado

Eva P. Valencia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Eva P. Valencia, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-14940-8

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

Table of Contents

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[1. Emma](#)

[2. Necesidad](#)

[3. Ayuda](#)

[4. Oportunidad](#)

[5. Ilusión](#)

[6. Realidad](#)

[7. Descubrir](#)

[8. Sinceridad](#)

[9. Soñar](#)

[10. Esperanza](#)

[11. Sorpresa](#)

[12. Confusión](#)

[13. Temores](#)

[14. Fantasmas](#)

[15. Secretos](#)

[16. Soledad](#)

[17. Desesperación](#)

[18. Despertar](#)

[19. Nueva York](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[No te pierdas la cuarta y última entrega de la saga «Loca seducción»: Loca seducción \(orígenes de Otoño en Manhattan\).](#)

[Prólogo](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)